La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 13 de junio de 1892 — Núm. 546

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN FRANCISCO DE ASÍS, escultura de D. Agustín Querol

VERDADES Y MENTIRAS

Comienzo hoy rectificando un *lapsus* que tuvo á bien escurrírseme al hablar de la venta del cuadro de Millet *El ángelus*. Dije que esta obra se había vendido en dos millones ¡de francos! ¡No, señores; no fueron de francos los millones, fueron de reales! (Aun así, no me parece moco de pavo la cifra.)

Y hecha la anterior rectificación, entro en materia volviendo á hablar de Rafet. *Encore Rafet.*

Pues sí; Rafet todavía; pero hago promesa formal de no volverme á ocupar del pintor francés en mucho tiempo. Esto no quiere decir que merezcan poca atención y estudio la obra y el artista. Por el contrario, creo en el valor de la primera, aun cuando sea bastante menor del que le adjudica la crítica francesa.

Decía en mi último artículo *Verdades y mentiras*: «Rafet pintó mucho, y su pintura se resiente de un modo grande de dos defectos capitalísimos: de *manera* y de falta de observación y sentimiento del natural.» Donde dice *natural* léase *verdad* (segunda rectificación); y hecho el cambio de las dos palabras, afirmo: tal es el juicio por mí tenido, como el que habrá de merecer – tiempo de por medio – *le peintre national*, según le adjetivan sus paisanos. Ni una migaja menos.

¡Dios me libre de poner en tela de juicio lo dicho! Nacional y muy nacional fué en efecto el pintor Rafet. Primeramente, por haber nacido en Francia; segundo, por haber pintado la epopeya napoleónica; tercero, por haber sido un admirador del arte japonés. Ya sabemos cómo deliran los franceses tocándoles á la marina, es decir, á sus grandes guerras de últimos del siglo pasado y de principios del actual, y también cómo se les va el santo al cielo así que se trata de originalismos ó de cosas exóticas. Rafet tuvo bastante con pintar batallas dirigidas por Murat y Dupont, Marceau ó Napoleón I para que la historia de la pintura francesa le diese plaza en sus páginas. Efectivamente, nadie regateará al artista ni su potencia imaginativa ni su entusiasmo por una epopeya que finalizó en los desolados peñascales de la isla de Santa Elena, habiendo comenzado con batallas como las de las Pirámides. Yo confieso que repasando el libro dedicado al pintor, en el cual se reproducen por medio del grabado las principales obras de éste, comprendí la razón de los entusiasmos sentidos por los buenos patriotas, y hasta cierto punto las alabanzas de la crítica artística. Así como así, no anda de sobra la cualidad saliente de Rafet, imaginación poderosa. Pero (¡pícaros *peros!*) ya llovió desde que caímos por primera vez en la cuenta de que á la imaginación debe acompañar el estudio como á cualquier otra cualidad natural, por muy grande, por muy soberana que sea. Sin salirnos de nuestra casa, podemos registrar algunos ejemplos de lo afirmado. Por París anda un pintor cuya paleta no desdeñaría Velázquez; y sin embargo, nadie ó poco menos se acuerda ya de él hoy, y cuando deje este mundo, nuestros hijos ni siquiera sabrán que tal colorista hemos tenido. ¿Por qué? Porque al célebre pintor español de quien hablo le falta educación de esa misma suprema cualidad, y carece asimismo del dominio de las otras condiciones precisas al cultivo del arte que ejerce.

A Rafet, ni como dibujante ni como colorista puede incluírsele entre los Delacroix, Ingres, Robert-Fleury, Constant, Meissonier, etc. Ni como razonador tampoco entre el viejo Vernet y el moderno Neuville, pintores de batallas y de la vida militar. Su imaginación volaba demasiado, muy á gusto suyo seguramente, pero rara vez hizo hincapié en la realidad. Así sus cuadros se miran como productos de una fantasía herida por ideas y cosas que agrandan y desfiguran la distancia y el tiempo, no como el resultado de la acordada marcha de la verdad y de la razón. No de otro modo pueden contemplarse seriamente episodios como aquel del tambor de los ejércitos napoleónicos, el cual, redoblando y marchando de frente al enemigo, habla con uno de los innumerables heridos que le rodean, y al mismo tiempo le pone un pie creo que sobre la barriga para no perder el paso.

Lo más grave de todo, es lo de la comparación de Rafet con Menzel. Esto sí que ya me parece poner el pie sobre el sentido común. El ilustrador de la vida é historia de Federico el Grande mide una talla que solamente alcanzan los gigantes. A la genialidad unía Menzel un estudio y conocimiento perfectos de cosas, personas y época; un dominio del dibujo enorme, una facilidad pasmosa para encontrar los efectos de luz, una severidad y sobriedad de trazo desesperantes. Ya vendrá, no lo duden los franceses, ya vendrá (como decimos por esta tierra del garbanzo) el tío Paco con la rebaja para Rafet. Menzel es Menzel; quiero decir con esto, que se le debe más respeto y menos comparaciones. Busquen (que lo tienen) otro artista para darles dentera á sus enemigos de allá del Rhin; advirtiendo que Meissonier no es el más á propósito para el objeto.

Y por cierto, Mirbeau no le sacude mal tajo desde las columnas de *Le Figaro*. Es verdad que incidentalmente, al soslayo, pero no por eso deja de ser una arremetida algo mayor que mediana.

Realmente la leyenda siempre va rodeada de una cohorte de mentiras, si agradables no menos mentiras. Pero cátate que viene un Mirbeau (el *tío* de acá), y empuñando la podadera, corte por aquí, tajo por allá, amputación por el otro lado, deja mondo y lirondo, y en menos que un gallo canta, el frondoso verjel de la inventiva, poniendo de relieve lo sano y echando por el suelo la hojarasca. La hojarasca de Meissonier colorista, de Meissonier concienzudo hasta aquellos límites señalados por la fantasía galacuando del autor de *La retirada de Rusia* hablaban, la tumba Mirbeau. Vean los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de qué modo, y en francés lo estampo, porque no quiero ser responsable de un desacato el más mínimo á la sombra del gran pintor: «M. Meissonier qui, aprés tout, n'etait peut être qu'un paysagiste, bien qu'il construisit ses bonshommes *suivant une nonne* connue, M. Meissonier semant dans son jardin de Poissy, de la farine, pour figurer la neige ou, durant la retraite de Russie, pataugea l' épopée impériale, et peignant cette farine, avec la conscience et á travers la loupe que l'ont sait, se livrait á un métier quelconque, inferieur certes á celui du menuisier qui emboite exactement un tiroir sur ces coulisses. C'est pourquoi tous les admirables paysages de notre merveilleuse Ecole paysagiste, qui dérivent de cette farine historique, ne m'inspirent aucun intérêt.»



ENTREGA DEL CUERPO DE MARCEAU AL EJÉRCITO FRANCÉS, cuadro de G. Roussel. (Salón de París de 1892)

Me parece que no gasta muchos requilorios el sucesor de Wolf para decir lo que le parece; pues en este tono hace el crítico la revista de los Salones actualmente abiertos en París.

La pintura francesa, mejor dicho, los pintores franceses hállanse actualmente en el más lamentable de los períodos caóticos. ¿Por culpa de quién ó de qué? No tengo hoy espacio suficiente para razonar sobre esto: únicamente advertiré que el cetro del arte pasa de las naciones latinas á las del Norte, y atravesando el Océano otorga su gracia ó comienza á otorgarla, hablando con más rigorismo, á los Estados Unidos.

Mirbeau dice de los paisajistas sus compatriotas: «La mayor parte de los pintores se contentan con figuraciones aproximadas y generalmente discordantes. Sus observaciones atmosféricas no van más allá de estos tres grandes hechos: la salida del sol, mediodía, la caída de la tarde. Y todavía los confunden muy á menudo. No tienen en cuenta las horas intermedias ni sus matices y mudanzas infinitas, las cuales son de una importancia pictórica capital.» Así comienza el crítico la catilinaria que endilga á los artistas de la *nature*. La grave llaga que corroe la pintura francesa en general – salvas honrosas excepciones – es la ausencia completa de condiciones para el cultivo del arte. Es en vano buscar otras causas. Indudablemente que esta decadencia de la raza proviene de fenómenos á cuyo estudio, como indiqué

más arriba, es necesario dedicar examen detenido. Digo decadencia de la raza, porque comprendo á Italia y España en esa decadencia tan de relieve puesta al presente en las exposiciones de la capital de Francia. No es de ahora tal impresión y tal juicio míos. Cuando publiqué mis primeros artículos críticos en *El Liberal*, todavía abierta la Exposición de París de 1889, ya tenía como cierta la momentánea muerte de la primacía artística de la raza latina. La raza anglo-sajona, con su homogénea la norteamericana, llevaron la palma en aquel certamen internacional. Francia desplegó todo el lujo de sus magníficas colecciones. Desde David hasta Meissonier: lo más selecto lo expuso á la contemplación del admirado visitante; y sin embargo, con Hercomer, con Morris, con Alma-Tadema, con Lytton, vivos, lucharon los muertos Robert-Fleury, Bastien Lépage, Cabanel, Corot y algún otro; los vivos fueron arrollados por la gente de las escuelas de Escocia, Irlanda é Inglaterra. Seguidamente venían los colosos de Hungría y Austria. Frente á los autores de *Milton* y de *Cristo ante Pilatos* y de *Bien venido sea Jesús á ser nuestro huésped*, Puvis de Chavannes, Meissonier y aun el noble y severo Paul Laurents inclinaron la cabeza. Bélgica sostuvo muy alto el pabellón paisajista y los noruegos exhibieron paisajes y marinas ejecutadas con desesperante facilidad y fiel dibujo. Harborg tuvo como digno contrincante á Pelouse. Rusia misma hizo su presentación en el palenque del arte con una originalidad y un carácter tan hondamente serios, tan hondamente interesantes que llamó desde luego la atención de la crítica.

La marcha del arte del día no puede, no debe ser por aquel camino que los estragados paladares de un decadentismo como el nuestro, como el de nuestra raza, vienen trazándole. La moda no puede, no debe imponerse á la producción de la fantasía y del sentimiento. Italia, museo sin igual, que encierra las obras más portentosas que el hombre pudo concebir, al presente vive tan sólo á expensas de las riquezas legendarias, sin que acierte á salir de la órbita que le marcaron sus genios de otros siglos. Limítase á exhibir sus galas y sus bellezas y á imitarlas. Otras galas son las de los tiempos presentes, porque, aun dentro del concepto de lo bello, aun dentro de la marcha de las ideas indicadas ó columbradas por hombres excepcionales, las evoluciones son y han sido tantas, que media un abismo enorme entre unas y otras.

Podremos, sí, aprovechar y debemos en efecto aprovechar las enseñanzas legadas; pero limitarse á seguirlas abdicando la propia inspiración, anulando el sentimiento propio, conduce á la anulación. Y en Francia sucede en la actualidad lo que en Italia; la nueva generación artística, sin rumbo fijo, ó quizás sin las condiciones que deben exigírsele al que cultiva el arte, sigue á ciegas maestros y escuelas que la moda impuso; y ya sabemos la suerte que corre el que imita: se anula y muere.

R. BALSA DE LA VEGA

1.º de Junio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

I

EL PATIO CRIOLLO

Es el jardín del hogar americano tan parecido al patio andaluz, que puede fácilmente confundirse con él.

Cuanto se ha dicho de los hermosos patios de Sevilla, de Granada, de Córdoba y de Cádiz, puede aplicarse á los de las casas criollas.

El patio criollo es el desahogo del aire ambiente que se respira en las casas porteñas. En él se reunen las familias y los amigos íntimos para disfrutar de una temperatura más agradable, saturada de las esencias que se desprenden de las flores y los pequeños arbustos que llenan el patio.

Allí se constituye la tertulia al aire libre; se forma el salón que tiene por techumbre el rico cielo sud-americano, de un limpio y hermosísimo azul, dilatado, inmenso, formando un manto de lucientes estrellas que brillan con poder tropical, arrojando sobre la vivienda argentina la pálida y plateada luz de la luna que se encuentra á las veces con la intensa y brillante lumbre que arrojan de sus ojos las porteñas (1) que la contemplan.

El patio criollo tiene un encanto inexplicable que predispone el ánimo á sentir bien y la imaginación á ver cuadros y paisajes de fantasía, colores tenues, sensaciones suaves que parecen imperceptibles y llegan al alma.

El patio criollo es el nocturno de las auras del Plata, la nota más saliente de las armonías de la vida porteña, el paréntesis de bienestar y de reposo en acción más agradable que darse puede.

Como arte natural no hay nada más bello; cualquier grupo mirado en el patio criollo tiene su indiscutible interés, cualquier silueta parece hermosa, cualquier figura resulta llena de encanto extraordinario, por el relieve que aquel sitio tan delicado le da sombreado por las luces del cielo y el verdor de las plantas.

Y tan positiva y real es la belleza verdaderamente admirable de aquel conjunto, tan dominante y atrayente, que sin darse uno cuenta, fijando en cualquier detalle la vista, la separamos de la persona que nos escucha y que nos mira y tenemos enfrente ó se halla á nuestro lado. La velada se pasa rápidamente, como por un verdadero encanto, entre cuatro frases animadas que se dicen allí siempre con más fruición y mayor efecto que en otra parte. Todo el mundo se encuentra en buena disposición de espíritu. No hay más que dejarse llevar por las impresiones que se reciben, saturadas de la poesía de la noche, que nos hace partícipes de sus mágicos y maravillosos efluvios.

Una hermosa noche es una pila de Volta inmensa que comunica su fuerza á la imaginación de los que se identifican con ella admirándola en sus grandezas.

Una noche hermosa electriza, ya se disfrute de ella en campo abierto, ya en un bote que surque un riachuelo, llenas ambas orillas de plantas cuyas hojas lleguen hasta los remos, ya en alta mar en medio de las olas majestuosas del Océano; y no se diga nada si el lugar de la escena es un patio criollo, sintiendo de cerca la respiración contenida de una mujer impresionada insensiblemente, sin apercibirse, por el espectáculo que presencia, y únase á esto, que bien frecuentemente sucede, que pueda estarlo al mismo tiempo por algún alerta que haya dado en su pecho cualquier Cupido. Como el andaluz, el patio criollo es oriental puro; como la guitarra que en los de las casas del pueblo se oye, acompañando algún *cielito*, alguna *milonga* ó cualquier otro canto del país, no menos árabe tampoco.

Es el patio del africano reformado, pero con algo de él en su esencia; como el hijo del país, conserva unido á la porción de sangre española, que corre por las venas de la mayor parte de ellos, el fuego, la viveza y el valor de los árabes que aman á la mujer y al caballo, y tan cumplidos caballeros son á pie los americanos, como diestros y bravos en la pelea sobre un caballo trotador que no pareciera sino que se moviese con alas.

En el patio criollo se refleja el meridionalismo con todas sus indolencias y sus seductoras molicies, con su atmósfera recargada de perfumes, de aroma de rosas desprendido de pechos ardientes, de espiritualismos de palabra y de acción, y ¿por qué no decirlo, si así pueden llamarse?, de espiritualismos de movimientos, de aires y donaires femeninos, que darían algo por sorprender los pinceles de los más inspirados artistas.

El patio criollo, con las hijas de Buenos Aires sentadas en él, buscando fresco en el verano, es la antesala del paraíso, con la única diferencia de que allí sólo había una Eva, sin la adorable coquetería de la mujer sud-americana.



LA ARQUITECTURA, pintura de Tony Robert-Fleury destinada á la Casa Consistorial de París. (Salón de París de 1892.)

II

PALERMO

Palermo es un paseo que da idea de los esplendores sud americanos, de la vegetación, permítasenos la expresión criolla.

La hermosa calle de palmeras que atraviesa tan agradable sitio público tiene mucho carácter.

El que fuera á Palermo sin haber visto nada más de Buenos Aires, tendría la certeza, al tender por allí la vista, de hallarse en el paseo de un país americano.

Pero como puede notarse mejor la belleza de aquellos campos y de aquellos jardines, es en una puesta de sol. ¡Qué paisaje más lleno de tintas simpáticas, de colores suaves y delicados!

La vista se embriaga con tanta ambrosía de panorama, con tanto perfil de delicadeza, con ambiente tan hermosísimo y horizonte tan ancho.

A un lado del paseo, en el que se levanta el cuartel de artillería, sobresalen por entre un rojizo que va cambiando de fuerza y de intensidad, que forman al reflejarse en el cielo que sirve de fondo al paisaje caprichosos dibujos, siluetas de una finura y de un sabor artístico indefinibles.

Más allá, enfrente, se escucha algo así como rumores imperceptibles; el aleteo de algún ave acuática que cruza los lagos en que los jardines abundan, el rugido de algún león confundido con el de un tigre, de la colección geológica, rica en varios y múltiples ejemplares de todas las faunas americanas.

No muy lejos de allí se ve el restaurant campestre hasta donde llegan, en la plazoleta semicircular en que tiene su asiento, los carruajes de los paseantes que van á tomar en tan bonito establecimiento en el verano un refresco ó un ponche en invierno. Algo más lejos y por entre empalizada, que en el mismo Palermo se alza, atraviesa de vez en cuando el tren que

(1) Así se llama la hija de Buenos Aires.

va á la estación central del ferrocarril y que completa el cuadro de movimiento y vida que el paseo presenta y que se multiplica en los días de fiesta y sobre todo en aquellos en que hay carreras de caballos en el Hipódromo Nacional, que muy cerca de allí se encuentra.

Palermo da idea de la positiva importancia que, á pesar de las crisis económicas por que en la actualidad atraviesa, adquirió Buenos Aires, conserva y conservará siempre, por la riqueza inagotable y extraordinaria de su suelo. Fíjese en este paseo la vista y se mirará reflejado en sus concurrentes, en su fastuoso lujo, con los refinamientos del gran mundo, el adelanto en la vida europea de las clases acomodadas.

Interminables filas de carruajes se ven á lo largo. En ellos, sentadas con todo el *chic* parisiense y la gracia hispano criolla de la porteña, ostentan sus ricas y elegantes *toilettes* las damas y su buen porte los *sportmens* que guían briosos caballos de raza en preciosos coches llegados de las fábricas más renombradas de París y de Londres, porque en Buenos Aires se trae todo de lo más superior que existe en el mundo, principalmente en los ramos de lujo. Nadie regatea el precio, y los mercados europeos se apresuran á enviar sus más perfeccionados artículos, seguros de una buena venta y una ganancia positiva.

Difícilmente se encuentra un paseo en donde más variedad se note de carruajes de todos los sistemas y marcas de fábrica. Pero si digno de contemplarse es el aspecto que presenta Palermo en un día animado de esos en que los coches apenas pueden transitar, formados en tres y cuatro filas cerradas, por entre la espaciosa avenida central de palmeras y sus adyacentes, es muy superior el desfile.

Entre el polvo que los caballos levantan en su rápida, y mejor dicho, vertiginosa carrera, se ven cruzar como ráfagas carruajes llenos de interesantes criollas que en el invierno se dirigen á sus casas para cambiar de trajes é irse á la ópera para oir los trinos de una afamada tiple ó los *doses* de pecho de un tenor notable de los que gozan de mayor fama en Europa.

Y atraviesan aquellos vehículos por una larga serie de anchas y hermosas calles, llenas de elegantísimos *chalets*, de palacios grandiosos embellecidos por jardines, en los que se admiran estatuas de mármoles traídos de Italia, caprichosos surtidores de agua, pabellones rústicos cubiertos de hojas, y una cantidad grande de flores que saturan aquel ambiente que se respira por la avenida Alvear, que compite con las mejores de las más populosas capitales de Europa.

Palermo es una de las más preciadas bellezas que la ciudad de Buenos Aires encierra; es dilatado, grandioso, inmenso, y por si algún encanto le faltase, le presta el suyo la marina que se destaca, al finalizar su última calle de árboles, y que la forma el Río de la Plata, que viene á besar las orillas que separan al mundo elegante de Buenos Aires del que su emporio comercial representa, en las naves que se divisan de continuo á lo lejos y van y llegan del viejo mundo diariamente.

P. Sañudo Autran

EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES

Son las ocho y media de la mañana del 5 de mayo, y se nota en las calles de Toledo, especialmente en las que afluyen á la histórica y descolorida plaza de Zocodover, desusada animación. La espaciosa vía del Alcázar, de prolongado declive y majestuoso aspecto, sombreada por el altísimo muro del severo palacio de Carlos V, cuya inteligente restauración avanza de día en día con regocijo de los amantes del arte y de las glorias patrias; la concurrida calle del Comercio, vulgo Ancha, arteria principal por donde circula la sangre comercial de la población, sangre no muy rica en glóbulos y necesitada de vigorosos reconstituyentes; la calle de la Sillería, con sus caprichosas revueltas y su sombría prolongación por la de Alfileritos, rica en amorosas leyendas; la calle de Barrio Rey, en fin, con sus alegres fruterías, todas lanzan á la plaza de Zocodover, en que desembocan, grupos de gentes más ó menos pintorescos y numerosos, que se desparraman en seguida por aquel irregular espacio, cruzados los unos por los portales que bordan las fachadas de la plaza, atravesando los otros por el centro para bajar por la empinada escalinata que sombrea el arco en plena cimbra del Cristo de la Sangre, y siguiendo otros la línea sin portales del Poniente, que prolonga la calle del Comercio y que, recibiendo al paso el nombre de calle de las Armas, sirve de ingreso á la ciudad por el lado del puente de Alcántara y de la Puerta de Visagra, ensanchándose hacia el Norte para dejar espacio al reducido pero precioso paseo del Miradero. ¡Qué hermoso punto de vista el que ofrece este paseo! Desde su elegante antepecho de considerable altura se descubre, al frente, la dilatada vega del undoso Tajo, con el paseo y molino de Safont á lo lejos, y los pintorescos barrios de morisco aspecto de las Covachuelas y la Antequeruela, separados por la cintura de las murallas, entre cuyos típicos torreones se destaca el de Albarrana con las puertas Nueva y Almofala; á la espalda, el arenado paseo con sus tres potentes focos eléctricos, el convento de Santa Fe, de Comendadoras de Santiago y la calle de las Armas, sobre los tejados de cuyas casas asoma su calado coronamiento el nuevo elegante hotel del marqués del Castrillo, con cuya recientísima erección dejarán de echar de menos los numerosos extranjeros que á Toledo visitan la existencia de un hospedaje en armonía con las exigencias del moderno *confort;* á la derecha, al otro lado del río, el ruinoso castillo de San Servando y el camino del ferrocarril, y entre el verde de las tierras y las huertas los restos del renombrado palacio de Galiana, y á la izquierda, en fin, ocultando la incolora puerta de Valmardón y el preciosísimo baluarte de la almenada puerta del Sol con sus graciosos arcos mudéjares, la insípida puerta de Alarcones, la fuerte y pintoresca puerta nueva de Visagra con sus escamadas y verdes torrecillas y sus almenados y modernos cubos, el moderno paseo de Merchan con sus floridos jardincillos sirviendo de antesala á la severa mole del magnífico hospital del cardenal Tavera y la vega izquierda del Tajo cruzada de carreteras y paseos, con las desparramadas ruinas del Circo Máximo romano y la azulada techumbre de la famosa fábrica de armas blancas.

¡Cuántos recuerdos evocan todos estos nombres, todas estas ruinas! ¡Zocodover y Visagra, Alfonso IV y Carlos V, Garcilaso y Rojas, Tavera y Berruguete, D. Rodrigo y la Cava, los godos y los árabes, los Concilios y las Cortes, la Catedral primada y el Alcázar imperial, la Sinagoga y San Juan de los Reyes, Padilla y los Comuneros; la historia entera de España, surgiendo por entre las piedras de esta vetustísima ciudad! ¡Cómo se comprende aquí la vida de recelo y de lucha de la Edad media! ¡Cómo se explica, al ver esta ciudad asentada sobre elevados riscos, rodeada por el Tajo y ceñida por triples y cuádruples líneas de murallas, la predilección de que fué objeto en aquellos siglos de inacabables contiendas, en que las relaciones sociales sólo se regían por el principio incontrastable de la fuerza! Toledo era entonces la ciudad ideal, un sueño de rey ó de gran señor feudal convertido en realidad tangible; por eso fué Toledo lo que fué. ¡Y cómo se comprende también, al recorrer sus angostas y retorcidas callejuelas (anchas y rectas para lo que fueron), llenas de sombríos repliegues; que brincan y trepan por empinados cerros y se lanzan en rápida pendiente hacia profundos valles; que se enroscan las unas en las otras en enmarañados haces de planos inverosímiles; que presentan á cada instante rinconadas y revueltas de miedoso aspecto; que parecen hechas á propósito para emboscadas y asesinatos; que se componen de caserones destartalados ó de casucas inhabitables, con habitaciones en unos y otras de tan confusos é inverosímiles planos como los de las calles mismas, y embutidas las de unas casas en las de otras, con subidas y bajadas á cada paso, con techos aplastantes, con salas liliputienses, con escaleras imposibles por lo estrechas y lo empinadas;... cómo se comprende, decimos, al tocar de cerca todo esto y las insuperables dificultades de desarrollar la población en ninguna dirección, que el antiguo favor gozado por Toledo en otras épocas, se haya trocado en la nuestra en inevitable abandono y en irremediable decadencia! Lo que antes le dió importancia y nombradía, haciéndole asiento de la corte y centro de la vida nacional, su situación privilegiada para el aislamiento, que casi le hacía inexpugnable, es lo que precisamente hoy le precipita en el abismo en que se hunde! Por mucho que lo lamentemos, fuerza es bajar la cabeza y resignarse: en la eterna evolución de la historia, cada nación y cada pueblo tienen su hora de esplendor y su hora de abatimiento, su apoteosis y su humillación.

Pero no nos entristezcamos con recuerdos tan gloriosos como tristes: Toledo, despojada de su manto de púrpura, relegada á la condición de capital de provincia de segundo orden, soporta con resignación su desgracia. Ved esa multitud que venida de todos los puntos de la población toma posiciones en Zocodover, en la calle de las Armas y en el Miradero: la animación se pinta en sus rostros, y ninguno parece acordarse de que tiene en las venas sangre de Padilla, ni de que aquel Alcázar, que asienta su soberbia mole en elevada cumbre dominando con sus cuatro torres toda la ciudad, fué residencia imperial de Carlos V en los tiempos en que el nombre de España era reverenciado en todo el mundo conocido. Todos parecen preocupados con algo más positivo y que les toca más de cerca que un recuerdo histórico, y en sus rostros de pacientes burgueses se pinta únicamente la curiosidad de algo esperado.

Si nos asomamos al arco de la Sangre de Cristo, descubriremos sin necesidad de preguntar á nadie cuál es la causa de tan inusitado movimiento; desde allí, en efecto, un poco más abajo de la antigua posada de la Sangre, ilustrada por la estancia de Cervantes, que en ella compuso, cuando se titulaba mesón del Sevillano, una de sus más amenas novelas, *La ilustre fregona*, se ven compactas masas militares en traje de campaña y como preparadas á marchar: es la Academia general militar, que sale en este día para el campamento de los Alijares, cuyas blancas tiendas no es difícil descubrir desde la explanada del Alcázar, á la derecha del castillo de San Servando.

Esta salida para el campamento, lo mismo que la vuelta, son para Toledo importantes acontecimientos á que toda la población quiere asistir, para dar una prueba más de simpatía á la brillante juventud que de todas las regiones españolas peninsulares y ultramarinas viene durante tres años, después de sufrir para su admisión rigurosísimas pruebas de aptitud intelectual, á recibir en la Academia, bajo la dirección de inteligente profesorado, la instrucción necesaria para el noble ejercicio del mando militar.

Nada más natural que esta simpatía: debe despertarla siempre y dondequiera todo joven laborioso que dirige sus laudables esfuerzos al ennoblecimiento de la madre patria; la despierta muy especialmente el alumno militar, por la seducción del uniforme y por el encanto indefinible que va unido á lo misterioso de sus destinos, que se apartan del derrotero común para seguir un rumbo desconocido que lo mismo puede conducir á la gloria y á los esplendores del triunfo y de la popularidad, que verse cortado de repente por mortal balazo que siega una vida ó conduce al hospital y al martirio, á la obscuridad y á la miseria; pero en Toledo esta simpatía se halla acrecentada hasta el extremo, porque en el estado de decadencia á que la imperial ciudad ha llegado, puede decirse que su existencia misma se halla ligada á la vida de la Academia y que en la Academia encuentra la savia que le vivifica, sin la cual Toledo, anémico y lleno de achaques, caería exánime del rango que aún ocupa para convertirse en insignificante villorrio.

Toledo lo comprende así, y se aferra á la Academia, y hace cuantos sacrificios puede por conservarla, y tiembla al solo anuncio de perderla, y ajusta su vida á la vida de la Academia, que sostiene sus tiendas y comercios, sus colegios preparatorios y sus espectáculos, sus confiterías y la animación de sus calles y paseos. Porque la existencia de la Academia en Toledo es la que mantiene una población flotante considerable, compuesta, aparte de los alumnos, del numeroso personal de profesores con sus familias respectivas, de multitud de aspirantes á ingreso que pueblan las muchas academias preparatorias que en Toledo existen, de no pocas familias de alumnos y aspirantes que se fijan en la ex corte visigoda para velar por la educación y la salud de los mismos, y del incontable personal de proveedores de todo género que el sostenimiento de toda esta población flotante atrae y mantiene, y que reobra á su vez para contribuir al sostenimiento de sus congéneres.

No es posible vivir en Toledo una semana sin penetrarse de esta identificación de la vida de la ciudad con la vida de la Academia: las horas de salida de los alumnos son las horas de animación de los paseos; los días que los alumnos pueden ir al teatro (los sábados) son los días que el teatro cuenta con llenos seguros; los sitios á que los alumnos se dirigen son los sitios á que se dirige la multitud; las fiestas que los alumnos celebran son las fiestas que enloquecen á Toledo; los alumnos son los niños mimados de la población, cometiendo á veces como tales algunas travesuras que no tardan en olvidarse con paternal indulgencia: la Academia general militar es como el corazón de la ciudad de los Concilios, adonde afluye la sangre toda de la población, y de donde vuelve á salir para derramarse por todas las arterias vigorizando todos sus miembros.

Harto se comprenderá, después de esto, lo que son en Toledo los días de la salida y de la vuelta de la Academia, y que juntas estas causas con el atractivo que siempre tienen para el pueblo los espectáculos militares, la carrera que siguen las fuerzas de la Academia al marchar para el campamento se halle cubierta de bote en bote por apiñada multitud, y que los balcones de la misma sean solícitamente buscados para asistir al desfile.



ABRIL, cuadro de A. Artigue, grabado por Baude

Dos batallones de infantería, una sección de artillería de batalla, otra de montaña, otra de zapadores minadores y otra de caballería constituyen el efectivo de la Academia conforme á la organización adoptada para la instrucción, táctica y marchas; los alumnos de tercer año desempeñan las funciones de guías, oficiales de sección y comandantes de compañía, y los de segundo las de artillería y minadores, todos ellos á las órdenes de distinguidos oficiales y jefes profesores, bajo la dirección del general La Cerda. Media hora hace que se hallan formadas las fuerzas de infantería en la explanada Este del Alcázar y las unidades montadas en la del Picadero, cuando se oye la orden de marcha. A los alegres acordes de la brillante banda, las filas se balancean con rítmicos movimientos, desembocando por la calle de Santa Fe en lo alto de la calle de las Armas y ángulo septentrional de Zocodover; bajan después, entre compactas filas de curiosos que aplauden la corrección de su porte y lo gallardo de su paso, la carretera del Miradero; cruzan el puente de Alcántara, pasando bajo el almenado torreón exagonal que defiende su ingreso, y en cuyos muros se ostenta el imperial escudo que en Toledo campea por doquier, y siguiendo el camino de la estación, desaparecen al fin por la carretera de Ciudad Real, de donde arrancan los caminos de los pozos, que conducen al campamento. La marcialidad de aquella juventud, esperanza de la patria, y la precisión de sus movimientos, son objeto de unánimes y merecidos elogios; todos reconocen, profanos é inteligentes, que no evolucionarían mejor los más aguerridos veteranos.

La posición de los Alijares ha sido elegida con mucho acierto para las prácticas de campamento á que se destina: su proximidad á Toledo, del que sólo dista cinco kilómetros y medio por la carretera de Ciudad Real y el camino militar, y menos aún por el camino de la fuente de la Teja (cinco kilómetros escasos) y del Batán (cuatro kilómetros), facilita su aprovisionamiento y sus comunicaciones; su situación en una pequeña depresión de las primeras estribaciones de la sierra de Layos, desde donde se domina perfectamente Toledo, el Tajo y la carretera de Burguillos, no deja de tener estimables condiciones estratégicas; sus alrededores, llenos de accidentes de terreno de todas clases, río, arroyos, barrancos, alturas, hondonadas, casas, ermitas, rocas, caminos y arboledas, se prestan admirablemente á todo linaje de estudios y experimentos; y sus obras de fortificación, que cada año reciben nuevos perfeccionamientos, y entre las que se destaca al NE. el fuerte reducto en que ondea la bandera nacional, constituyen excelente base para cuantas prácticas de instrucción pueden juzgarse necesarias.

Penetrando en el reducto por el puente levadizo y asomándonos, ya al parapeto del frente de gala coronado por sacos terreros formando aspilleras, ya á las cañoneras de la batería acasamatada del frente de cabeza, se descubre perfectamente todo el campamento, con las 56 tiendas de alumnos en el centro, la del general director y jefes con los barracones de topografía y telefonografía al Poniente; los almacenes, cocinas, caballerizas, tiendas de la tropa y comedores al Naciente; los aljibes, parque y algunas tiendas de oficiales al Norte, y la enfermería con los jardines, tabernas, buñolería y demás barracas particulares al Mediodía, fuera del recinto atrincherado; á la derecha se descubre la plateada faja del Tajo con multitud de pueblecillos, caseríos y cigarrales á uno y otro lado, á la izquierda las ondulaciones del pedregoso terreno con la pintoresca ermita de la Guía, sentada en un peñasco, y enfrente la ciudad entera de Toledo, dominada por la imponente mole del Alcázar y recortando en el horizonte el manto azul del cielo con la caprichosa silueta de sus cúpulas y torres.

Todo se halla mudo todavía en el atrincherado campo; algunos centinelas que de trecho en trecho vigilan para que ninguna persona extraña, no provista de autorización, penetre en el recinto; grupos no muy nutridos de curiosos que pretenden invadir por diversos lados el campamento para presenciar la entrada de la Academia, y que se ven rechazados de puesto en puesto, resignándose por fin á tomar posiciones en las alturas inmediatas; eso es, junto con el movimiento que en las cocinas se adivina, más bien que se nota, todo lo que á las once de la mañana vive y se mueve en el campamento.

Los marciales ecos de la banda de cornetas, alternando con los regocijados de la charanga, rompen aquel silencio y vienen á sorprendernos en nuestra contemplación, advirtiéndonos que las tropas destinadas á poblar aquellas blancas tiendas, que esperan impacientes con sus puertas de lona levantadas á que lleguen sus alegres huéspedes, se acercan por momentos. Descendemos del reducto para asistir más de cerca á la solemne fiesta militar, nos situamos al extremo oriental del frente de banderas, junto al espacioso comedor de los alumnos, capaz para 800 cubiertos, y no tardamos en ver aparecer la cabeza de la columna con la banda militar al frente; las compañías de infantería pasan arrogantes y ocupan toda la longitud del frente de banderas, desde los comedores hasta la marquesina del general La Cerda; la artillería sube al galope la cuestecita de los Aljibes y se sitúa más allá del parque, y la caballería atraviesa en correcta formación por delante de la infantería, ganando las alturas del Olimpo, junto á la tienda del general, el Júpiter de aquella marcial familia. La *tenue* de infantes y jinetes es perfecta, y el estado mayor de aquel ejército en miniatura así lo reconoce rebosando de satisfacción.

Los acordes de la macha real resuenan de pronto: la banda de música abandona la sombra del comedor de alumnos, y seguida de una guardia de honor que se agrupa en torno de la primorosa bandera de la Academia, bordada por las augustas manos de la virtuosa reina regente y obra maestra de repujado y damasquinado de la fábrica de armas blancas de Toledo, cruza por delante de las formadas tropas, que presentan respetuosamente las armas ante el sagrado símbolo de la patria, se inclina á la izquierda, atraviesa la línea, asiste al depósito de la bandera y vuelve á ocupar su primitivo puesto. Suena un clarín, las filas se rompen y los recién llegados toman posesión de sus tiendas.

Así empieza la vida del campamento. Las madrugadas á las cuatro de la mañana, las descubiertas, los reconocimientos, los trabajos de fortificación, las formaciones, las expediciones por los alrededores, las batallas, el levantamiento de planos, las sorpresas nocturnas, las comidas al aire libre, las horas de siesta y sueño en aquellas tiendas cónicas con doce camas, las misas de campaña, las visitas de los toledanos y toledanas, los días de fiesta con los animados corrillos del frente de banderas y del comedor grande, el escribir á la luz de una bujía metida en una patata, la furtiva y arriesgada escapatoria á Toledo para ver la novia, el guitarreo y los cantos que preceden á la retreta, los comentarios sabrosísimos de los hechos y ocurrencias del día, las altas y bajas de los botijos de agua fresca en las tiendas, todo deja en la memoria del alumno indeleble impresión de aquellos inolvidables días, tan llenos de atractivos como de trabajos, en los que el cuerpo y el alma adquieren nuevo y vigoroso temple.

FERNANDO ARAUJO

AGUJA, DEDAL, AMOR Y COMPAÑÍA

En el invierno de ocho á ocho y en el verano de siete á siete, salvo una horita al mediodía para comer; total: once horas dale que te le darás á la señora Singer ó á madame Aguja... ¿Y qué gana usted?... ¡Psh! De oficiala un par de pesetillas y algún otro gaje que cae, poca cosa, dos realetes, ¿sabe usted?... que hoy las señoras son de suyo económicas y los maridos puñoenrostro... Así está el oficio: entre los talleres de París y sus modistos (¡mala bomba en ellos!), la escacez de cuartos y lo mañosas que ahora nos van resultando las mamás, vense las hechuras á tres menos cuartillo y nosotras á la cuarta pregunta... Y gracias que en el año no sean más que tres las cuaresmas que hemos de pasar por mor de haber crucificado el dedal la falta de trabajo... ¡Modista!... Un oficio muy finústico, en el que no se admiten zarrapastrosas, ¿estamos?... Aquí en el obrador todas parecemos señoritas de muy buenas casas, aunque en las nuestras nos acostemos en jergones más tísicos que los don Juanes que nos hacen la rosca y comamos á diario cocido á la uña, á las nueve cenemos bacalao con patatas y patatas con bacalao; pero... ¡anda!, véanos usted en la calle, y ¡ay, pollo, qué miedo!, mismamente como las señoringas de esas encanutadas que tocan sópera al piano y bailan en las reuniones cursilantas, con mucho de la fisnura y haciendo la mar de dengues.

***

– Anda, hija mía, que son las siete y media, levántate.

– Ya voy mamá. (Mire usted, es cosa de llorar de rabia esto de tener que levantarse de la cama cuando una se encuentra tan calentita y á gusto, soñando con...)

– ¡Arriba, niña!

– ¡Ea! Ya voy, mamá; no seas cargante... (¿Por qué no iría ayer *ese* al obrador?... ¿Estará enfermo?... Pero qué suerte tiene la Lola... Le ha *salido* un hijo de un título que le va á dar el oro y el moro... Y es simpático)... Mamá, ¿me cosiste el manto?... (¿Quién encontrara un novio así?... ¿Y por qué no?... Pues hija, de tan buena pasta como yo es la Lola... ¡A ver, tan modista!... Es más guapa, psh, pero yo no soy ningún esperpento...) ¿Mamá, cociste ya la cascarilla para el desayuno?... ¿Que sí?... Bueno; ponlo en seguida, que luego doña Bernarda se pone como un demonio si vamos tarde...

– Adiós, mamá, hasta luego... ¿Que sea juiciosa?... Si no me meto con nadie...

***

– Pero ¡qué animales son algunos!... Vaya unas barbaridades que me dicen los albañiles y la gente de oficio... ¡Uf, qué asco!... ¡Si lo oyese mi novio!... ¡Vaya usted al cuerno, só... indecente!... Se marcha... Ya estamos cerca del lugar del suplicio... ¡Hasta la una!... ¡Ah, ahí va la Paca!... Pssss, ¡chica!

– Adiós, Paca.

– Adiós.

– ¡Qué frío hace!

– Ya lo creo.. y sin toquilla hasta que cobremos el sábado.

– Oye...

– ¿Qué?

– ¿Viste á *ese?*

– ¡Hija, no! ¿Y tú?

– Yo sí; nos fuimos á dar una vuelta.

– ¡Qué buena sombra tienes!

– ¡Vaya!... Le verás luego.

– ¡Quiá!... Se irá con alguna... ¡Bonitos están los hombres!...

– Mujer, no seas tan mal pensada... Estará estudiando... Di, ¿por qué armó anoche aquella trifulca doña Singustos, la maestra?...

– Hija, ¿por qué había de ser?... ¡Por nada! Como es una tía tan agarraa y puse demás un *golpe* de azabache en la sobrefalda de raso azul... por eso. ¡Ya ves tú qué cosa!...

– ¡Bah, no te importe! Como tiene el genio así tan furioso... De seguro que habrá tirado los tiestos al calzonazos de su marido...

– Apañao está el hombre con los celos de esa tía... ¡Jesús! ¡Yo no sé cómo la resiste!...

– A mí me da no sé qué el verle cuando la pide para tabaco...

– ¡Ya, ya; ni que fuera una limosna!

– Mira, allí viene la Concha... ¡Eche usted lujos... y es una pobre modista como nosotras!...

– Cállate, que nos puede oir... ¡Como es tan orgullosa!...

– No todas pueden serlo .. mayormente teniendo un novio general.

– ¡Ja! ¡ja! Eso quisiera él, que es un cadetillo de mala muerte.

– ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

***

Creo, lector de mis afanes, que si tú, como yo, analizas por un segundo la impresión que causa la vista de un taller de costura en horas laborables, sentirás algo muy triste que te hará reflexionar y sentir lástima por las «esclavas de la aguja.» ¡Pobres mujeres! Agostan su juventud entre cuatro paredes y son víctimas en su mayoría de la avaricia de una maestra gruñona; consumen su belleza inclinadas sobre la mortífera máquina de coser, que ahoga los cantos de los pájaros del trabajo con el monótono é incesante *rag rag* de su mecanismo.

El espíritu de estas pobres muchachas necesariamente ha de sufrir una radical metamorfosis; se puede ser flor y hermosa, pero no la ocultéis, no la pongáis en contacto con otras que ya han perdido su lozanía, no la privéis de la libertad, de respirar oxígeno, mucho oxígeno, y de verse constantemente acariciadas por el sol... ¡Es planta tan débil y enfermiza la mujer!... De no, la flor necesariamente ha de perder su perfume virginal, sus pistilos han de ser viciosos, su cáliz recogerá el aire infecto y lo ha de transformar en aroma acre, y la hermosura irá marchitándose y la clorosis empalidecerá los matices rosáceos de las mejillas... ¡Por Dios, tal les sucede á tantas y tantas jóvenes que, bien por egoísmo de los padres, esto las menos, ó bien empujadas por la necesidad, acuden á los talleres... ¡Si los padres sorprendiesen por un momento que arrojan su fruto más querido á un foco vicioso, malsano, creo imposible que tal hicieran!... Hermoso es el trabajo, sí, pero también es hermoso el pájaro en una jaula, y sin embargo... está cautivo... En los albores de la adolescencia, cuando la virgen aún no conoce más caricias ni más satisfacciones que las que le prodigan en su hogar, vése lanzada en un medio para ella totalmente



ofrece la modista madrileña cuando sale del taller: es una figura interesante que cubre la graciosa curvatura de sus perfiles con el mantón de color ceniza y la falda de lanilla, á la cabeza el velo, en la mano el manguito ó el abanico (según la estación), en los pies zapatos de *roussel* ó becerro mate que encarcelan unos piececitos revoltosos... Cautiva en la modistilla su charla alegre, saturada de sales áticas y mordaces, rellena de modismos y fraseología extraña, verdadero amasijo de conceptos señoriles y resuellos truhanescos, la cual fraseología la emplea igual para echar por tierra ó levantar el amor callejero que la brinda el primer estudiante que topa al paso: pasma su desenvoltura cuando da una contestación irónica á la charla chocha de un viejo rijoso ó aquella otra de algún zascandil, empleaducho ó solterón á caza de gangas.

Y como una reina marcha por entre la multitud que á tales horas obstruye las aceras... Su andar es recio y menudito... de no tener novio; si por el contrario, tened seguro que en la bocacalle más próxima al



ESTUDIOS DE CABALLOS, de D. José Cusachs

desconocido: la holganza trocada por un trabajo superior á sus fuerzas, los mimos maternales cambiados por las asperezas y refunfuños de la maestra: los juegos infantiles traducidos en señas y guiños, que así tienen tanto de moral como yo de obispo... Y luego, que las compañeras, á modo de libélulas hambrientas, extraen gota á gota el caudal de candor de la «novata,» que va descubriendo y asimilándose con verdadera fruición aquellas ideas colectadas sin escrúpulos en el arroyo, en el baile, en el pelotón de la huelga callejera, allí donde hay un borracho, un viejo libidinoso ó un joven estúpido que se las da de pillín: todas esas notas repercuten en el taller, y en él, á hurtadillas de la maestra, se comentan y celebran entre risotadas y apreciaciones licenciosas.

En buena hora lo diga, no me las echo de moralista ramplón, ni para ver las cosas me he calado jamás los antipáticos y negros anteojos del fatalismo; pero sí creo en conciencia que la mayoría de esas pobres mujeres que cambian sus encantos impulsadas por el lujo, la molicie ó la necesidad, son reclutadas en el taller.

A través de los cristales de su prisión voluntaria han de ver pasear en entera libertad á esas otras jóvenes que, colocadas en más alta esfera, salen rodeadas de comodidades, ostentando joyas y trajes lujosos y seguidas de sus aduladores criados; las esclavas de la aguja, repito, establecen una comparación, odiosa á la fuerza; ven su miserable estado, y en su impotencia han de entregarse en brazos del que, mintiéndolas, las brinde un porvenir brillante... La flor está perdida, el viento del desengaño arrancará sus hojas, y el escepticismo brutal, ante el que no pueden oponer una ilustración sólidamente cimentada, las hará conocer el gran juego que el oropel hace en el mundo y la eterna laceria á que están condenadas; todo esto determinará, según el carácter y el temperamento de la desdichada, ya el desenfreno, ya la malicia que se goza en hacer prevaricar á las novatas en el oficio de la costura, el que ofrece mayor contingente en las estadísticas de la tisis...

Y resultados tan funestos darán siempre los talleres, mucho más sensibles para esas infortunadas hijas de familia, que según la frase gráfica «han venido á menos.» Las tales son odiadas por sus otras compañeras, porque no pueden luchar con ellas en educación, en conocimientos ni en esa rara virtud de la candorosidad de que se hallan desprovistas en su mayoría las hijas de la clase democrática.

***

A poco más de las ocho de la noche desemboca por cada una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol el primer pelotón de modistas. No puede darse espectáculo más hermoso ni risueño que el que

obrador, se unirá á su Manrique, y ambos irán por calles solitarias y travesías obscuras á paso de carreta, mintiéndose cariño, mucho cariño, interpolando el idilio mimoso con proyectos é ilusiones para lo porvenir, amén de no ser impedimento mayor hablar del baile último, de los trapicheos de la Fulanita, que «se trae» ó «deja de traerse» esto, lo otro y lo de más allá con Zutanito su novio, de *cortar un vestido* á la maestra, á mamá (por lo de la tiranía) y aún sobrará tela para algún otro mortal.

De seguro que mamá alborotará por la tardanza; pero ¡fuera apuros!: la maestra tiene las espaldas muy anchas, y ella pagará la media hora robada al amor: «Ya ve usted, mamá, como doña Gertrudis es así, nos ha hecho recoger á más de las ocho.» O bien: «Como no ha ido la aprendiza al taller, hemos tenido que recoger nosotras las oficialas.

¡Y tutti contenti!

***

Por las noches, ya es sabido: si no se sale con mamá ó la amiguita á dar un paseo; si *ese* (*ese* es el novio) no la lleva á ver una pieza á Eslava ó á la Zarzuela, ó bien á tomar café; si en casa no la dejan salir sola, ó la noche es lluviosa, se agarra el novelón por entregas (del cual es la modista gran devota) y se ve en qué para lo del conde, y si se casa Berta, ó se despeña el paje enamoradizo, ó se averigua quién pueda ser el misterioso embozado que todas las noches se pasea cerca del torreón del castillo diciendo: «Mi venganza será terrible, señor conde!»

Y á veces tan estúpidamente trágico se va poniendo el enredo novelesco, que la lectora llora como una Magdalena, y la hace dúo la mamá, y hasta el



ESTUDIOS DE CABALLOS, de D. José Cusachs



MARCHA DEL BAZTÁN, cuadro de D. José Cusachs (Salón Parés)



SITIO DE LA SEO DE URGEL, cuadro de D. José Cusachs (Salón Parés)

minino parece decir: «¡Fu! ¡Qué cosa más terrible!»

Si no hay lectura, se entretiene durante la velada en repasar los cuatro trapitos de su ajuar, sepultados en el fondo de un cofre saturado de olorcillo á alcanfor; se reforma el vestidito añadiéndole algún *cogido* con tela de lo ajeno, ó bien por cuenta propia y con escaso beneficio se hace alguna compostura de doña Fulana, la vecina ó amiga... Y *¡laus Deo*, á dormir!

Y mientras en invierno el ábrego empuja las vidrieras y en verano la luna se cuela hasta el lecho donde reposa la modista, ésta, antes de dormirse hace examen *in mente* de lo ocurrido en el taller, la broma de la compañera, el chiste de tal, la seriedad de *ese*, la escena de la novela: todo esto, el cansancio que la rinde y las mil ilusiones de bienestar y lujo, las emociones que saborea por anticipado del próximo baile y el sonsonete de la última canción popular aprendida en el organillo callejero, son las adormideras que la han de hacer caer en un sueño de rosa, del cual despertará cuando mamá zarandeándola la grite á las siete de la mañana:

«¡Niña, arriba, que van á dar las ocho!»

Alejandro Larrubiera

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado en Bruselas un monumento erigido en honor de Rogier, el fundador de la independencia belga, que consagró á aquel pueblo su vida entera á pesar de ser de origen francés, pues nació en Saint-Quentin en 1800. Sobre un zócalo elevado y tendido en una losa de mármol está la estatua yacente de Rogier, envuelta en blanco sudario; una losa azul formando dosel descansa sobre cuatro columnas griegas, junto á una de las cuales se alza la estatua de bronce que representa á Bélgica, designando con ademán sublime á Rogier á la veneración del pueblo. Tal es el monumento debido al joven escultor belga M. Rudder, que ha merecido las más entusiastas alabanzas por la grandiosidad con que está concebido y la maestría con que ha sido ejecutado.

– En la Galería Goupil, de Londres, está llamando extraordinariamente la atención una colección de cuadros de la pintora belga Enriqueta Ronner, que se dedica casi exclusivamente á pintar escenas en las que son únicos actores los gatos, habiendo conseguido en esta especialidad gran renombre, no sólo por el modo como pinta á sus animales predilectos, sino por la gracia y á veces hasta por el sentimiento con que concibe los asuntos en que éstos actúan de protagonistas.

– En la Exposición internacional de Música y Teatros de Viena se ha celebrado un interesante concierto: comenzó por los corales gregorianos, siguieron luego los hermosos cantos religiosos alemanes de los siglos XII y XIII, y entrando después en el ulterior desenvolvimiento histórico de la música á varias voces, terminó con piezas de armonía, cantándose motetes de Joaquín de Pres, Pedro de la Rue, Arcadelt, Orlando di Lasso y Palestrina. – En el teatro de la propia Exposición, la compañía de la Comedia Francesa dió una representación del *Dialogue avec sa muse*, de Musset, y *Les femmes savantes*, de Molière.

– Se ha inaugurado en Berlín la Exposición de Bellas Artes correspondiente al presente año: figuran en ella 2.137 obras artísticas, entre ellas 1.419 cuadros, y aumentan su interés una porción de exposiciones parciales de obras de pintores alemanes contemporáneos célebres, como Menzel, Knaus, Schrader, Geselschap, Spangenberg, Becker, Skarbina, Uhde, Schonleber, Bartels, Passini y otros.

– El Tribunal de Apelación de París ha revocado el embargo decretado á instancia del gobierno italiano sobre los cuadros de la galería del príncipe Sciarra, que éste había enviado para su venta á aquella capital; de modo que nada impedirá ya que puedan ser vendidas en Francia las obras que tanta polvareda han movido en Italia y en todo el mundo artístico.

– La aldea de Altdorf (Suiza) va á construir un monumento dedicado á Guillermo Tell: el proyecto para el mismo aprobado es el del escultor Kisslinh, quien representa al héroe helvético llevando de la mano á su hijo y vestido, no con sombrero de pluma y traje convencional de teatro, sino con el antiguo traje nacional de los Alpes suizos, tal como se lo imagina el pueblo: los relieves del zócalo reproducen los principales episodios de la historia ó leyenda del libertador de Suiza.

Teatros. – En el Covent-Garden, de Londres, se ha estrenado con éxito completo *El amigo Fritz*, del maestro Mascagni, cuya música se ha considerado como muy superior, aunque de distinto género, á la de *Cavalleria rusticana*, del propio autor; llamando la atención por su originalidad, por su exuberancia de sentimiento, por sus bellezas melódicas y por el color característico de alguna de sus piezas, cualidades tanto más de admirar, cuanto que el argumento, puramente idílico, parece poco apropiado á la música moderna, tan dada á los asuntos dramáticos y apasionados.

– En la Opera Cómica, de Londres, el estreno de *Thermidor*, de Sardou, no ha producido el efecto que algunos esperaban, después de los ruidosos incidentes á que este drama dió lugar en París: en cambio han sido con entusiasmo aplaudidos los actores franceses que la han representado, especialmente Coquelín, Mme. Malvase y Duquesne.

– En la Comedy, de Londres, ha alcanzado un éxito ruidoso una parodia que con el título de *The Poet and the Puppets* (El poeta y los títeres) ha escrito Mr. Carlos Brookfield para satirizar las tendencias y procedimientos de la dramática moderna.

– La ópera Cómica de Andrés Messager, *La Basoche*, traducida al alemán con el título de *Los dos reyes*, ha logrado gran éxito en el teatro de la Corte, de Munich, habiendo contribuído á ello, no sólo la música, que es graciosa y en extremo agradable, sino también el libreto, lleno de vis cómica.

– En la Opera cómica, de París, se estrenará en breve una ópera póstuma de Leo Delibes, titulada *Cassia*, que ha instrumentado Massenet por haber aquel notable compositor fallecido sin haber podido escribir la instrumentación.

Barcelona: La compañía que dirige el inteligente primer actor Sr. Mario ha comenzado sus tareas en el teatro de Novedades, mereciendo de nuestro público la excelente acogida que éste siempre ha dispensado al que tantas bellezas le ha hecho conocer en las varias temporadas en que ha actuado en nuestros principales coliseos. *La credencial*, primera obra nueva puesta en escena, ha obtenido un éxito por demás lisonjero, que ha venido á confirmar el que logró cuando fué estrenada el invierno pasado en la corte esta divertida comedia de D. Miguel Echegaray.

En el teatro Lírico cosecha abundantes aplausos la compañía á cuyo frente figura la Sra. Tubau de Palencia: la primera representación de *Tormento*, obra nueva en Barcelona, ha valido un triunfo á su autor, el conocido escritor D. Federico Urrecha, quien á los lauros conseguidos en el periódico y en el libro ha añadido con su drama los alcanzados justamente en la escena.

Continúa con excelente éxito en el teatro Calvo-Vico la campaña veraniega que comenzó en el Tívoli la compañía dirigida por D. Julián Romea: entre las obras puestas en escena han sido muy aplaudidas *La caza del oso*, comedia cuyo mejor elogio queda hecho consignando el nombre de su autor, D. Vital Aza, y *La mujer de papá*, *vaudeville* francés, arreglado por el reputado escritor Sr. Pina y Domínguez.

El diablo en el cuerpo, opereta de Blum y Taché, música de Hervé, arreglada á la escena española por los Sres. Colomé y Liern, ha sido muy bien acogida por el público que asiste al teatro del Tívoli, donde actúa una buena compañía de zarzuela, dirigida por el maestro Sr. Pérez Cabrero.

En el teatro Principal se han dado dos escogidos conciertos, organizados por el eminente barítono Sr. Napoleón Verger: en ellos ha tomado parte la niña Milagros Gorgé, llamada con razón la pequeña Patti. Estos conciertos han satisfecho por completo á los amantes de la música buena y bien cantada, así por lo bien que habían sido elegidas las piezas del programa como por la perfecta ejecución que á las mismas cupo.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Mr. Lumb Stocks, individuo de la *Royal Academy* de Londres, uno de los mejores grabadores ingleses y asiduo colaborador de la importante revista inglesa *Art Journal*.

M. Numa Baragnon, uno de los más ardientes defensores de la restauración monárquica en Francia, subsecretario de los ministerios del Interior y de Justicia durante el gobierno de 1873 y senador inamovible desde 1875.

El general Jorge Klapka, uno de los héroes de la revolución húngara de 1848, ministro de la Guerra con el gobierno provisional de 1849 y actualmente miembro de la Cámara de Diputados de Budapesth.

Julio Duprato, notable compositor francés, profesor de armonía del Conservatorio de París, autor de varias operetas muy aplaudidas, entre ellas *M'sieu Landry*, *La dése et le berger*, *Le cerisier*, *Le sacripant*, y de una ópera, *La fiancée de Corinthe*.

María Schramm, reputada escritora alemana, más conocida por su seudónimo M. Corvus.

Alejo Bouvier, popular novelista francés, autor de *La femme du mort*, *Les pauvres*, *La grande Iza*, *Le fils d' Antony*, *La Rousse*, *L'armée du crime*, *Mlle. Olympe* y otras.

D. Carlos Marfori, ex diputado á cortes, ex ministro de Ultramar, ex gobernador de Madrid y actualmente senador vitalicio y presidente de sección del Consejo de Estado: fué uno de los ministros que más influencia ejercieron en el ánimo de D.ª Isabel II durante los últimos tiempos de su reinado; poseía entre otras condecoraciones el collar de Carlos III.

W. H. Noble, general inglés que hizo la guerra contra los afghanes: escribió muchos libros sobre asuntos militares é inventó varios instrumentos científicos, propios para manufacturas militares también.

M. Anatolio de la Forge, distinguido político y publicista francés, vicepresidente de la Cámara de Diputados: la defensa de San Quintín, que organizó durante la guerra franco-prusiana, siendo prefecto del departamento del Aisne, hará que su nombre no se borre fácilmente de la memoria de los patriotas franceses.

M. Madier de Montjau, uno de los más ardientes defensores de la idea republicana en Francia; fué miembro de la Asamblea legislativa durante la República de 1848, defendió á ésta en las barricadas del 2 de diciembre, fué desterrado por el Imperio: desde 1870 ha sido constantemente diputado, habiendo desempeñado en la Cámara el cargo de cuestor: era uno de los oradores más grandilocuentes de Francia.

Maximiliano Forckenbeck, primer burgomaestre de Berlín desde 1878, ex presidente de la Cámara de Diputados, miembro de la de Señores de Prusia, ex presidente del Reichstag y uno de los fundadores del partido progresista alemán.

Olof Backstrom, célebre historiador sueco, autor de varias obras notables, entre ellas la *Historia de los Estados europeos desde 1815 á 1866*.

Juan A. Weger, famoso grabador alemán.

NUESTROS GRABADOS

San Francisco de Asís, escultura de D. Agustín Querol. – Son tantas las veces que con motivo de la reproducción de alguna de sus obras nos hemos ocupado del ilustre escultor tortosino y tantos los elogios siempre merecidos que le hemos prodigado, que por no incurrir en repeticiones, por no escribir las mismas alabanzas, preferimos hoy limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el hermoso busto del seráfico fundador de la orden de los franciscanos que publicamos en el presente número. A bien que sin necesidad de nuestra excitación, desde luego habrán admirado las bellezas incomparables de la cabeza del santo, en la que por modo admirable se revela el alma toda del austero anacoreta de los Apeninos, en cuyo cuerpo aparecieron milagrosamente estampados los estigmas que reproducían las llagas de Jesucristo.

Entrega del cuerpo de Marceau al ejército francés, cuadro de G. Roussel. – Mucho espacio necesitaríamos si hubiésemos de decir algo de la vida del ilustre general de la revolución francesa cuya historia político-militar comenzó en el ataque contra la Bastilla y terminó en los campos de Prusia combatiendo contra los aliados. Mortalmente herido durante un reconocimiento que practicaba en los alrededores de Altenkirchen y conducido á esta población, de la que acababan de apoderarse los prusianos, fué asistido con toda suerte de atenciones por sus propios enemigos. Todos los cuidados fueron, sin embargo, inútiles, y Marceau falleció á poco rodeado de sus ayudantes y de los principales jefes del ejército aliado, entre ellos el archiduque Carlos. Su cadáver fué entregado al ejército francés, habiéndole tributado los honores militares amigos y adversarios, que unidos lloraron la muerte del noble y valeroso caudillo, por quien sentían entrañable cariño aquéllos y verdadera admiración unos y otros. Este episodio es el que con tanto talento ha reproducido G. Roussel, cuyo cuadro, perfectamente compuesto, está, por los tonos del paisaje por la actitud y expresión de las figuras, por el ambiente todo, en admirable armonía con la triste ceremonia representada.

La arquitectura, pintura de Tony Robert-Fleury. – Entre las pinturas decorativas que han de adornar la Casa Consistorial de París figura la que Robert Fleury, artista digno continuador de las glorias de su padre, ha expuesto en el Salón de los Campos Elíseos del presente año. Si la Arquitectura es, como dice D. Eduardo Saavedra en el *Diccionario Enciclopédico hispano-americano*, á un tiempo arte bella y arte útil, y el ramo de la humana actividad que más se asemeja en su modo de ser á la naturaleza por la admirable armonía con que funde todos los elementos del saber para satisfacer á un tiempo á la razón y al sentimiento, fuerza es confesar que difícilmente puede darse mejor representación gráfica que la del pintor francés, de este arte que tan admirables creaciones ha producido en todos los países y en todas las edades. La figura pintada por Robert Fleury tiene la majestuosa severidad de la ciencia y los plácidos encantos de la estética, una y otros diestramente fundidos en un conjunto eminentemente artístico, que ha sido muy admirado por el público y aplaudido por la crítica.

Abril, cuadro de A. Artigue. – El mes cuyas bellezas tan hermosos conceptos han inspirado á los poetas, es también objeto de predilección especial de parte de los pintores. Los artistas que buscan en la naturaleza asuntos para sus composiciones, tienen en los encantos de abril ancho campo para expresar su sentimiento y demostrar su dominio del colorido, lo primero reproduciendo un espectáculo que llena de inefable ventura el alma, lo segundo combinando la gama de colores de su paleta para copiar en el lienzo los mil matices de las flores, de las hierbas y de los árboles con que el paisaje se engalana, y ese azul límpido y transparente con que el cielo se embellece en los claros días primaverales. El notable pintor francés A. Artigue nos demuestra con su delicado cuadro que sabe sentir esas bellezas y esos encantos, y que cuando se trata de exteriorizar este sentimiento, encuentra en los recursos del arte la nota justa para causar la impresión que al concebirlo se propusiera producir, contribuyendo no poco á ello la elegante figura que, como la naturaleza que la rodea, se halla en la primavera de su vida.

Estudios de caballos, de D. José Cusachs. – Marcha del Baztán. – Sitio de la Seo de Urgel, cuadros de D. José Cusachs (Salón Parés.) – Ocupa la pintura militar señalado lugar en el arte contemporáneo, y raro es el país en donde no se cultive con asiduidad y verdadero éxito. Aquellos en que mayores progresos se realizan, mayor es también el número de los artistas que se dedican á este género especial. Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Rusia cuentan con artistas de valía, cuyo nombre representa una gloria para su país. Los artistas españoles hanse distinguido también en esta especialidad, pues aparte del glorioso precedente que significa la obra del insigne Velázquez, representando *La rendición de Breda*, Fortuny, Unceta y el malogrado Balaca, así como J. L. Pellicer, representan un período importantísimo para la pintura militar, que poco á poco ha ido aumentando el número de sus prosélitos, de tal manera, que son ya varios los que en distintas provincias han logrado significarse. Como indiscutible maestro, hemos de citar á D. Marcelino Unceta, y como su distinguido sucesor á D. José Cusachs, en el que concurren circunstancias especialísimas, puesto que además de las recomendables cualidades artísticas que posee, reune una suma de conocimientos de la vida y arte militares que no pueden adquirir los demás pintores, ya que Cusachs ha pertenecido á nuestro ejército, habiéndose distinguido como capitán de artillería en la última guerra civil. Recuerdo de aquel calamitoso período son los dos grandes lienzos que reproducimos, pintados por encargo especial y con destino al general Martínez Campos. Ambos conmemoran dos episodios ó hechos de la vida militar de este caudillo. La atrevida y peligrosa marcha del cuerpo de ejército, cuyo mando le estaba confiado, á través del abrupto Baztán, y el sitio de la Seo de Urgel, cuya expugnación tan profundamente quebrantó á las huestes carlistas. Feliz ha estado el Sr. Cusachs en los dos lienzos, que deben considerarse como dos notables producciones de la pintura militar española.

Presentación de la compañía, aguada de don Mariano Barbasán. – Aunque nos pese decirlo, hay que confesar que en la generación actual existen restos de las aficiones de aquel pueblo que en el período de su decadencia pedía á gritos á los tiranos que le oprimían *panem et circenses*, ahogando en la barbarie de sus sangrientos espectáculos sus vicios y sus dolores.

Muchas veces nos hemos detenido para mirar con verdadera conmiseracion uno de esos carricoches tirado por un viejo y escuálido caballo, conduciendo objetos que constituyen la riqueza y patrimonio de una familia de modestos acróbatas, que cual bohemios, van de pueblo en pueblo haciendo gala de su habilidad y destreza y ejecutando ante los asombrados campesinos los más peligrosos ejercicios, ya que todas las suertes que ejecutan, aunque parezcan sencillos juegos para el espectador, no están exentas de peligro y aun pueden terminar trágicamente.

Nuestro estimado amigo y discreto artista D. Mariano Barbasán ha tratado de representar una familia de esos modestísimos acróbatas, que tuvo ocasión de examinar recientemente como mero espectador en Subiaco, pueblecillo inmediato á Roma. Los rasgos ó caracteres de los individuos de aquella familia podrán parecer un tanto acentuados; pero aun así, recuerdan el tipo por todos conocido, que tiene tan activa parte en todos los festejos celebrados por las poblaciones de cuarto ó quinto orden.

Lejano aún el día en que la humanidad proscriba esta clase de distracciones, que embrutecen en vez de deleitar, hacemos votos para que la suerte depare otros recursos y medios á aquellos que hoy se dedican á divertir á los demás á costa de su pudor y aun de su existencia.



Y cubiertas sus mejillas por el rubor, tendióme su mano sin mirarme

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Mi padre prosiguió, cual si contestase á mis reflexiones:

– Hay algo más triste que casarse, creyendo amarla, con una joven pobre que ha hecho creer en su amor; y es el reconocer que no nos ama, comprendiendo entonces el ridículo papel que se ha hecho.

– No comprendo.

– O no quieres comprender; pero voy á explicarme. Las jóvenes casaderas pueden clasificarse en dos categorías: las que son de fácil colocación y las que no lo son. A las primeras, los pretendientes acuden solícitos por sí mismos; las segundas se ven obligadas por lo regular á ir en su busca. Te digo esto lisa y llanamente, pero es la pura verdad. Hay jóvenes, como Juana, que no quieren ir á buscarlos; pero hacen mal, pues si quieres que Dios te ayude, ayúdate á ti mismo. Por otra parte, es necesario que una joven, aunque tenga fortuna, se presente y se dé á conocer para que puedan apreciarla. Esta misma necesidad, más aún que la de agitarse sin ton ni son, según creo, es la que condujo á inventar los bailes y ciertas reuniones. Tu madre no ha querido jamás llevar á ellos á Juana, porque tu madre tiene un dios tiránico: la santa economía. Todo cuanto se quita á su ídolo, es á sus ojos un robo abominable y hasta un crimen...

Mi madre dejó escapar un prolongado suspiro, encogióse ligeramente de hombros y se limitó á decir:

– Bien sabes que Juana tampoco quiere.

Sin contestarle directamente, mi padre prosiguió:

– Sobre este punto no estamos de acuerdo, pero no insistiré más, porque chocaría con la fuerza inerte, y de ello tengo experiencia hace largo tiempo. Ya ves, por lo tanto, hijo mío, que yo no censuro ciertos manejos; pero hay otros de que seguramente habrás oído hablar, si es que no los has visto en práctica, y que aparentas ignorar.

– ¿El casamiento forzoso?

– Sí, el casamiento forzoso, pero tal vez no como tú le entiendes; la opinión pública es la que obliga más bien, alguna cosa como un hábil reclamo, preparado muy anteriormente y largo tiempo repetido. Anunciar como hecho consumado cualquier acontecimiento que se desea es un modo mejor aún de conseguir que se realice, y esto se ve diariamente tratándose de posiciones ambicionadas. En cuanto al matrimonio, el procedimiento es el mismo: los padres son los que comienzan á preparar el reclamo, presentando en los salones y después en la calle, bien á la vista, á los jóvenes á quienes se trata de casar. Muy pronto

interviene la voz pública, que con razón puede suponer que M. X... y la señorita Z... van á contraer matrimonio probablemente; se pregunta á los padres, y éstos sonríen sin contestar sí ni no. Entonces la voz pública se dice: «es cosa hecha.» Después llegan los amigos que felicitan al joven;... éste protesta, mas no se atreve á negar con mucha insistencia... Luego le acosan más vivamente los padres y la joven... y la voz pública persiste en sus clamores. Según confesión de todos, el joven es novio, y aunque es el único que no asiente á ello, como sería mal visto si no confesara, lo hace al fin. Por otra parte, ha comprometido... y debe reparar. Hijo mío, á pesar de que sólo te hablo vagamente, demasiado me comprendes; por eso me he limitado á indicarte las fases de esa comedia, absteniéndome de insistir sobre el papel de la joven, que es el más importante, puesto que de él depende el éxito de aquélla. En cuanto al del «buen joven,» este adjetivo le califica suficientemente. Tú no desempeñarás ese papel, no quiero que lo desempeñes, ¿me entiendes?

Yo tenía muchas cosas que contestar á mi padre; decirle, por ejemplo, que se equivocaba, que el casamiento forzoso, célebre en los países levantinos, en las colonias y en otros muchos puntos, no tenía nada que ver en la cuestión, y que calumniaba gratuitamente á personas á quienes no conocía.

Pero como su voz había tomado cierto tono de severidad al terminar aquella homilía, Juana, temiendo que mi respuesta enconase la discusión, dijo de pronto, mirando el reloj:

– ¡Qué tarde es! ¿No vas á tu cuarto, Pedro? Creí que tenías algunas cartas que escribir...

– Sí, hermana mía, contesté abrazándola, ya voy.

Bien mirado, ¿qué podía yo decir á mis padres en vista de sus prevenciones? No me hubieran creído y todo habría sido inútil.

Me levanté de la silla algo nervioso, con la sangre enardecida por el tono de autoridad que había tomado mi padre, y después de dar dos ó tres vueltas por la sala, muy resuelto á callar, dí las buenas noches.

Poco faltó para que una palabra de mi madre lo echase á perder todo.

– ¡Oh!, exclamó, Pedro no nos ocasionará nunca ningún pesar.

Al oir esto me costó mucho contenerme y no contestar:

– ¡Cómo! ¿Sería un pesar casarme con Magdalena? Quizás no haría tan mal... si me quisieran. ¿Pensamos por ventura el uno en el otro? ¿No eran las palabras que me dirigían el mejor medio para despertar en mí ideas que no tenía?... Y después, esas frases retumbantes á propósito de las cosas más nimias, y ese freno con que se trataba de sujetarme de continuo...

Una mirada suplicante de Juana me indujo á guardar silencio.

Dí las buenas noches á mis padres y á mi hermana, y tomando una bujía me dirigí al piso bajo, que mi padre me había cedido desde que yo era ya mozo...

Era muy original mi habitación, con sus panoplias de armas salvajes, sus vasos del Japón, sus colgaduras de diversos colores, sus muebles y todos esos objetos raros de adorno, recogidos en distintos puntos del globo, y hábilmente mezclados con los elegantes productos de París. Todo evocaba en mí un recuerdo de los amigos, de mi familia; todo, desde la colcha de mi lecho, bordada en otro tiempo por los hábiles dedos de mi hermana, hasta la corona de paja seca que Tiavaho había trenzado para mí en Taiti, y que me entregó llorando el día de mi marcha... En un cajón y solamente visibles para mí había multitud de recuerdos de Magdalena, ramitos con que había adornado su pecho y que después de besados deslizó furtivamente en mi mano, trozos de cinta, bolsitas bordadas, santas reliquias de amor conservadas piadosamente y ocultas con discreción á todas las miradas.

Agradábame mucho mi habitación, y estaba muy contento en ella, porque me veía libre y entusiasta en medio de aquel mundo nuevo en que mi carrera me había lanzado. Al entrar en la estancia, aliviábame de la vaga opresión que me producía la gravedad de mis padres; mi horizonte se ensanchaba, dejándome entrever todos los países que había visitado; y si la alegría de mi edad se había obscurecido un momento, muy pronto brillaba de nuevo. Sin embargo, aquella noche no me fué posible desvanecer las nubes que habían quedado en mi espíritu, y echándome en mi lecho, comencé á reflexionar.

¡Oh, qué tristes palabras había oído! ¿Y á esto se llama la razón?, pensaba yo entonces. La razón es algo como un nihilismo de los sentimientos: la supresión del entusiasmo, de la alegría; la muerte de las ilusiones que sonríen, la condenación de las locuras generosas. Sí, es la etiqueta de nuestra sociedad, su programa, y todos sus individuos deben observarlo. Los que se desvían son revolucionarios ó cándidos, buenos jóvenes, soñadores... Según lo proclaman los escépticos, el mundo está dividido en dos clases: la primera, los que engañan; la segunda, los que son engañados. Pero no; hay una tercera clase, y esto sigo creyéndolo todavía, la más numerosa, la que comprende los que no engañan ni son engañados. Ciertamente que algunas veces se engaña á sí misma; pero ¿qué importa, si su error constituye su alegría? Imaginarse que uno es feliz, ¿no es serlo? ¿No es la verdad, en la mayoría de casos, lo más feo y doloroso que se pueda reconocer? ¿Por qué no me habían dejado gozarme en mi tranquilidad? ¿Por qué obligarme á escudriñar mi conciencia?

Seguramente yo no pensaba en el matrimonio. Tenía veinticuatro años, y bromeaba con Magdalena, como bromeé en América, en China, en Hong-Kong, y como lo hubiese hecho en otra parte si hubiese tenido ocasión para ello; el mal no era grande; pero mi padre había dicho que los hechos no suelen tener más gravedad de la que se les concede, y he aquí que se agravaban, en efecto, con la atención que en ellos se había fijado.

El amor de una joven es de una esencia muy delicada y variable, y hubiera sido preciso que yo fuese mujer para comprender la sutilidad de los sentimientos de Magdalena; pero yo creía que ella me amaba como la amaba yo, es decir, momentáneamente, por necesidad de ocupar su pensamiento, aunque tal vez algo más, pues su corazón no podía declararse como el mío.

En cuanto al casamiento, sin duda pensaba en él un poco, pero de una manera muy vaga: de fijo que su madre pensaba en tal cosa mucho más que ella misma, no porque le pareciese que era un brillante partido, sino por su afán de arreglar matrimonios entre aquellos que al parecer se agradaban. En cuanto al Sr. de Nessey, estaba yo bien seguro de que no hubiera querido oir hablar de mí para nada que á matrimonio con su hija se refiriera. A pesar de lo que se decía en Versailles, habíale disgustado mucho que Luisa se hubiese casado con un simple Sr. Pourrain, y en cuanto á Magdalena, quería para ella un marido con título. Por esto pensaba hablar sobre el asunto á su hermana, la señora de Branges, que residía en Provenza con su hijo único, y por un arreglo de familia casar á los primos. Yo, Pedro Larache, hijo de un humilde escribano, ¿cómo había de esperar ser yerno del conde de Nessey?

Me apreciaba mucho porque era marino, lo cual constituía casi á sus ojos un título de nobleza; pero entre esto y tomarme por yerno mediaba un abismo. Por otra parte, no se le ocultaba la sorda hostilidad de mi familia contra la suya, semejante á la repulsión de la hormiga por la cigarra.

Así analicé la situación en una noche en que me fué imposible conciliar el sueño, la del 5 de marzo de 1876, y el que analiza da pruebas de no estar aún muy enamorado, mas sí en peligro de llegar á estarlo, pues el amor que se ignora, semejante al fuego oculto, conviértese en ardiente apenas se le toca.

En efecto, lo que deduje con más claridad en medio de mis reflexiones era que amaba á Magdalena y que me lisonjeaba de ser correspondido; que mis padres se engañaban con su idea fija sobre las «intrigas» de los Nessey, pero que lo que yo había considerado hasta entonces como una niñada no podía durar; la idea de matrimonio ó de fuga iba á imponerse forzosamente.

En el casamiento no había que pensar... En cuanto á la fuga no tardaría en presentarse ocasión para ella, dadas las exigencias de mi carrera.

Mas de repente, al pensar en la marcha, que yo había olvidado y que me pareció de improviso tan próxima, sobrecogióme una tristeza profunda.

***

Rada de Túnez, 7, 8 y 9 octubre 1881.

¿Y qué hacer hasta el día de la marcha, ahora que había sondeado mi corazón? Antes me conducía con naturalidad, sin ninguna intención preconcebida; en lo sucesivo al hablar con Magdalena tendría que violentarme ó aparecer como desleal.

En su consecuencia, durante quince días me abstuve de toda visita á mis vecinos, torpeza la más propia para enardecer mi naciente pasión. Al décimoquinto día, un jueves, mis pasos me condujeron al parque á la hora en que Magdalena solía ir. Traté de verla ocultándome; mas como no la encontrara, la busqué por todas partes... No vi ni á ella ni á su madre ni á ninguna de sus hermanas, y entonces asaltáronme grandes inquietudes. Para que ellas faltasen, siendo tan asiduas concurrentes, algo debía ocurrir. ¿Estarían de viaje? ¿Habría llegado la señora de Branges con su hijo? Tal vez estuvieran enfermas Berta ó María ó acaso la misma Magdalena...

¡Qué extraña enfermedad es el amor y qué inesperadas y diversas son las causas que la agravan! Las exhortaciones constantes de mi familia, la reserva que yo me había impuesto, la espera enervante, mis reflexiones, todos esos obstáculos interpuestos á través de un capricho convertíanlo en pasión, del mismo modo que las rocas transforman en torrente el pacífico arroyo.

Al otro día, olvidando todas mis resoluciones, me dirigí, medio vencido, á casa de los Nessey.

Un criado me abrió la puerta y anuncióme que la señora iba á salir, aunque era aquel su día de recibo; pero que á pesar de ello, si bien era día de salida, me recibiría.

La encontré, en efecto, en el salón, con el sombrero puesto y los guantes en la mano.

– ¡Hola! Buenos días, caballero, dijo al verme. ¿Llega usted de viaje?

– ¿Yo? No, señora; no he salido de Versailles, ni siquiera de mi habitación.

– ¿Ha estado usted enfermo?

– Indispuesto más bien; un poco de fiebre, una reminiscencia de las Colonias...

– Sin duda por eso no se le ha visto á usted en casa de los Trevoix el sábado último. Ha hecho usted perfectamente en no ir, porque aquello era morirse de fastidio... ¿Quiere usted ayudarme á abotonarme el guante?... Ya recordará que se trataba de un baile; pues bien, figúrese usted que llegado el momento se optó por la música de salón. ¡Y qué música! Piezas alemanas, nebulosas é iritantes. Le aseguro á usted que aquello era morirse, tanto que Magdalena debió guardar cama al día siguiente... ¡Cuidado, que me pellizca usted con el botón!

– ¡Oh! Mil perdones, señora... Pero ¿habla usted formalmente? ¿Produce la música alemana tales efectos en Magdalena? ¿Está indispuesta en realidad?

– Sí, señor; pero yo no sé si será por efecto de la música, ó del aburrimiento, ó de las corrientes de aire que había en aquel salón poco caldeado, ó bien á causa de una epidemia; lo cierto es que al día siguiente se sintió aquejada de un poco de fiebre... como usted... y que el lunes le fué preciso guardar cama...

– Pero al menos, no será nada grave... ¿No es así?

– Ya puede comprenderlo por mi fisonomía; pero si quiere usted verla... Estoy segura de que su visita la complacerá.

Y como yo me limitase á inclinar la cabeza en señal de asentimiento, la condesa añadió, dirigiéndose á la niña que daba vueltas á nuestro alrededor:

– Berta, hija mía, vé á ver si tu hermana duerme, y si no, pregúntale si puede recibir al Sr. Larache.

Berta, que tenía un año menos que Magdalena, salió corriendo, y volvió muy pronto á decir que la enferma nos esperaba.

Yo conocía ya el aposento de la joven, aquel aposento blanco y color de rosa que tan bien armonizaba con la belleza de Magdalena; habíale visto á menudo á través de la puerta entornada; pero nunca penetré en el mismo.

Esta vez, acompañado de la señora de Nessey, entré en la habitación con igual respeto con que hubiera entrado en una capilla, y mis miradas ansiosas fijáronse al punto en el lecho, donde vi destacarse sobre la blancura de las sábanas y de la almohada la cabeza de Magdalena, y su rostro pálido, cuyos labios, que no habían perdido su carmín á pesar de la fiebre, se entreabrían con encantadora sonrisa. Más casta que en un baile, cubiertos los hombros con una espesa manteleta de blonda, incorporóse ligeramente, apoyándose en un codo, y cubiertas sus mejillas por el rubor, tendióme su mano sin mirarme, mientras decía á su madre:

– ¿Vienes de hacer alguna visita?

– No, contestó la condesa; voy á hacerla. Mi amiga la señora de Trevoix tiene el mal gusto de recibir sus visitas el mismo día que yo, y por eso la descuido un poco; pero hoy será preciso cumplir con ella... á causa de su música de cámara... ¡Vamos, me escapo; hasta muy pronto; en seguida vuelvo! Berta os hará compañía entretanto.

– ¡Cómo!, exclamó Magdalena, ¿te vas?

Pero la señora de Nessey había desaparecido ya.

Entonces recordé las conversaciones de mis padres, y el asombro y la confusión me hicieron enmudecer ante Magdalena, sin observar que ella estaba más turbada que yo... Sí, pensé, contemplando la pequeña mano que se retiraba de la mía y aquellos ojos expresivos en los que se leían tantas cosas... ¿Será posible que se prepare esta comedia, convenida tal vez, y que me halle ante una de esas hechiceras como las que he conocido en América, que se apoderan de uno á la vez por los sentidos y por el espíritu, por su ciencia del amor, adquirida no se sabe cómo, sin profesor; una de esas mujeres que perturban, que tienen algo de la cortesana y de la virgen por sus ingenuas ocurrencias, por el pensamiento impenetrable que se agita en su corazón y en su cabeza, haciéndolas tan pronto soñar como reir ó llorar?...

Y sintiéndome más fuerte después de estas reflexiones y resuelto á mantenerme alerta, cesó mi turbación.

– Vamos, miss Buggy, la dije, afectando tratarla como á una niña, ¿será cosa de que vaya usted á estar enferma en plena estación de bailes?

¿Adivinaba Magdalena lo que pasaba en mi interior? El rubor volvió á teñir sus mejillas, sus cejas se fruncieron, y tomando la expresión de altivez que á veces tenía, díjome con mucha gravedad:

– Me siento fatigada, y de buena gana le despediría á usted; debería usted marcharse.

Pero añadió casi al punto, soltando una carcajada nerviosa.

– ¿No es verdad que estoy muy mal educada? No, quédese usted... me ha sobrecogido de pronto un dolor, una punzada... como un alfilerazo... pero ya pasó... Siéntese usted allí, cerca de la chimenea... En aquella cajita encontrará usted bombones... Si quiere usted te, Berta se lo servirá, con ó sin leche... Si prefiere ron, irán á buscarlo... Comienza usted á ser tan avaro de sus visitas, que no se le podría obsequiar lo bastante cuando se le ve.

– Es usted por demás amable, repuse;... y á decir verdad, estoy confuso... Pero... ¿sufre usted de veras?

– No, ahora no; y tanto es así, que le acompañaré á Buc en cuando usted quiera.

– En ese caso, marchemos al punto, contesté riendo. ¡Es tan bonito Buc!

– ¡Así me gusta! Es usted hombre de resolución rápida. No lo hubiera creído... ¿Le agrada á usted Buc?

– Mucho.

– A mí también. ¿Se acuerda usted de aquel delicioso paseo que dimos una tarde del mes de octubre al ponerse el sol? Las hojas de los árboles estaban purpúreas ó amarillentas; las golondrinas se reunían para dirigirse al Sur; la corriente del Bievre parecía una cinta de plata; en el fondo del paisaje destacábanse las alturas de Verrieres, veladas por la bruma, y entre las altas piedras del acueducto veíanse aquellas florecitas azules como el cielo, de donde parecían proceder...

Como avergonzada de su entusiasmo, Magdalena se interrumpió, sonrojándose más que antes.

– Comienzo á ser idílica, dijo, riendo á carcajadas.

Ciertamente recordaba yo aquel paseo por Buc, durante el cual comprendí que era amado; y harto bien conocía las florecitas azules, algunas de las cuales, secas ya, pero conservando el perfume de la boca de Magdalena, reposaban en el cajón de mis recuerdos... Ella fué la primera que las vió entre dos piedras del acueducto, y exclamó al punto:

– ¡Oh, qué bonitas flores!

– ¿Las quiere usted?, preguntéle.

Y sin esperar contestación, trepé hasta arriba, haciendo equilibrios sobre las rocas mientras Magdalena extendía la mano para detenerme.

Muy pronto volví con toda la mata de flores.

– ¡Qué loco es usted!, exclamó Magdalena, temblorosa aún por el peligro imaginario que yo acababa de correr; merecería usted ahora que no le diese ninguna.

Sin embargo, nos las repartimos, y Magdalena hizo con las suyas un ramo, que colocó sobre su corpiño; estaba loca de contento, corría por los caminos, divertíase con todo, y á cada momento besaba sus flores... Una vez en la ciudad, y cuando íbamos á separarnos, díjome Magdalena:

– ¿Quiere usted que cambiemos las flores? Yo he ajado las mías, y las de usted parecen más frescas.

¡Niñerías!, dirá el indiferente que por casualidad lea este diario íntimo. Ciertamente que son niñerías; pero ¡quién no guarda en su memoria el recuerdo de niñerías semejantes! y ¡quién no echa de menos los días en que sucedieron!

Allí, en el aposento de Magdalena, mientras pensaba en el paseo por Buc, silencioso junto á la joven, contemplándola y observando su turbación, sentí que mi corazón se dilataba suavemente y que todas mis inquietudes se desvanecían.

¡Qué hermosa estaba mi Magdalena, en medio de las blancuras del lecho, con aquella aureola de poesía de que la rodearon de improviso sus palabras!

El día había declinado rápidamente; la habitación comenzaba á llenarse de sombras misteriosas; una lamparilla, bajo un globo opaco, iluminaba con una claridad de iglesia el lecho, blanco como un altar, en el cual reposaba una virgen confiada. Berta había ido á buscar luces; yo estaba solo con Magdalena; hubiera podido hablar; pero siempre combatido entre mi deseo y la fría razón que me habían imbuído, escéptico y creyente, contemplaba á Magdalena con religioso respeto, sin echar de ver que mi muda admiración era mucho más elocuente que mis apasionadas palabras.

Magdalena fué quien, comprendiendo por instinto el peligro del silencio, tuvo valor para romperlo con una frase odiosa, que acude naturalmente á los labios en semejante caso.

– ¿En qué piensa usted?

Esta pregunta, hecha con naturalidad, disipó mi embriaguez y me hizo al punto volver en mí.

– En nada, contesté.

Y creí un deber añadir:

– ¿Es posible pensar en algo cuando se está junto á usted? La estaba contemplando.

– No, contestó Magdalena, entre nosotros no ha de haber trivialidades, pues ya sabe usted que aborrezco los cumplidos. Me gusta siempre la verdad, las cosas sinceras y espontáneas;... y sin reflexionar, sin estudiar la respuesta, dígame por qué ha dejado pasar tanto tiempo sin venir á vernos.

– Estaba enfermo, como usted, por simpatía tal vez, contesté sonriendo.

– ¿De veras?

– Sí, de veras.

– No sé por qué me cuesta creerlo.. Veo en usted un embarazo que no le es habitual... No, debe haber otra cosa que usted no quiere manifestarme. ¿Le habré resentido involuntariamente?

– ¿Usted, señorita?

– ¡Es tan triste esperar! El que espera se forja ideas... y se pregunta muchas veces el porqué de cosas irritantes... No puede usted imaginarse cuán suspicaz y sentida soy en punto á la amistad. Dígame con franqueza por qué ha interrumpido de pronto sus visitas.

– Pues bien: he estado enfermo de veras... moralmente; penas, contrariedades..

– ¿Y esto le impedía á usted venir? Me parece que cuando se sufre es cuando más se deben buscar los amigos, cuya misión es consolar. Vamos, cuénteme usted sus penas.



Había multitud de recuerdos de Magdalena...

– A usted no puedo contárselas, se lo digo formalmente.

– ¡Ah! Será cuestión de faldas, como dice Luis.

– Precisamente. Ya ve usted que no puedo hablarle de eso.

– ¿Por qué no?

– Ese *por qué no* vale un imperio.

–¿No soy su amiguita? Soy muy juiciosa, aunque no lo aparente, créalo usted; soy por demás juiciosa, y tal vez podría darle un buen consejo. Vamos, dígamelo usted todo.

– Habría un medio, observó Berta, que entraba trayendo luces, y sería adivinar, puesto que él no quiere decir nada.

– ¿De veras? ¿Y cómo hija mía?, preguntó Magdalena.

– Ya lo sabes, contestó Berta; haciendo lo que aquel caballero que dió una representación en el hotel Continental. Decía á un espectador: «Piense usted alguna cosa, piense usted en ella fijamente y sin distraerse.» Después cogía las manos de la persona con quien hacía el experimento, la miraba con fijeza y leía su pensamiento.

– ¡Ya ve usted si es fácil cosa!, dije á Magdalena.

– No es mala idea; acérquese usted, y veamos si puedo adivinar; será divertido.

– Sí, pero usted no tiene, sin duda, el talento de ese industrial, ó no conoce la trampa del juego.

– ¡Industrial!, exclamó Berta, que decididamente admiraba mucho al americano de quien todo París se ocupaba entonces, industrial dice usted. Pues tenga entendido que es todo un caballero y que no hace ninguna trampa: tiene el don de adivinar y pretende que varias personas están dotadas de él, pero que lo ignoran. ¿Por qué no había de tenerle también Magdalena?

– Sí. ¿Por qué no?, añadí.

– Pues bien: venga usted, me dijo Magdalena, con esa volubilidad que le era peculiar; probaremos. Es singular esa idea de Berta, y tal vez conseguiré conocer sus penas y los profundos pesares que le afligen. Coja usted mis manos y míreme fijamente los ojos;... pero no se ría; es preciso estar serio para que den resultado mis observaciones.

– ¡Bueno! ¿Estoy bien así?

– Muy bien. ¿No es verdad, Berta?

– Perfectamente, contestó la hermana. Ahora es preciso que el señorito Pedro piense en alguna cosa, algo sencilla para comenzar, pero que piense fijamente.

– Por ejemplo, en el tiempo que hará mañana.

– Como usted quiera. Si este ensayo sale bien, después pensará usted en sus penas.

– Bien, ya estoy.

– No se mueva usted ahora.

– Como si me retratasen... ¡No estará mal esta fotografía!...

– ¡Chist! No se ría usted.

– Vamos, empiezo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SIFÓN ELEVADOR

Conocido es de todos el ariete hidráulico, que tan importantes servicios presta en el campo para la elevación de las aguas destinadas á la agricultura, á la jardinería, al servicio interior de las quintas de recreo, etc.



Fig. 1. Sifón elevador de M. Lemichel. Vista de la instalación en conjunto

Parecía imposible fabricar un aparato más sencillo y más rústico, y sin embargo este problema ha sido resuelto por el sifón elevador de M. Lemichel, cuyo modelo pudieron ver funcionar cuantos asistieron al concurso agrícola recientemente celebrado en el Palacio de la Industria de París.

Tiene el sifón elevador sobre el ariete la ventaja de no necesitar en muchos casos una larga canalización embarazosa y de no ocupar más que una pequeña superficie, como puede verse en la fig. 1, que representa el aparato montado en el Palacio de la Industria; en cambio, la altura á que por medio de él puede elevarse el agua está prácticamente limitada por la presión atmosférica y no puede exceder de 9 á 10 metros. Este inconveniente, sin embargo, deja de serlo en la mayoría de los casos porque muy rara vez será necesario elevar el agua á mayor altura.

Este aparato, como su nombre lo indica, está basado en el mismo principio del sifón y podría ser definido como un sifón de escape superior: las figuras 2 y 3, que lo representan en conjunto y en sección, permiten hacerse fácilmente cargo de su modo de funcionar.

El sifón elevador se compone de dos tubos verticales ó columnas A y H (fig. 2), de una caja de distribución B y de un regulador G. En el interior de la caja B hay una válvula C que se mueve alrededor de un eje horizontal, y en la parte superior otra válvula D mantenida en su sitio por un muelle en espiral. Una palanca acciona sobre la primera válvula para llevarla hacia atrás y está sujeta en está sentido á la acción de un contrapeso.

Estos órganos muy sencillos no exigen casi vigilancia ni entretenimiento alguno para asegurar su funcionamiento continuo. Los demás, muy pocos en número, sólo sirven de reguladores. Antes de describir su modo de funcionar creemos útil dar algunas explicaciones acerca del papel que desempeña el regulador, al que se ha dado el nombre de *pulmón* por analogía de las funciones que desempeña: este órgano está formado por un tambor de hierro y por dos planchas metálicas onduladas, de unos dos milímetros de espesor, que con sus vibraciones mantienen el movimiento del agua é impiden que el sifón se vacíe.

Consideremos ahora el sifón debidamente preparado, para lo cual se le llena de agua por el orificio K (fig. 3), y cerrado este orificio por su tornillo de corcho: desde el momento en que las dos columnas están llenas, el sifón funciona como un sifón ordinario. El agua tomada de un pozo ó de un río y sometida á la acción de la presión atmosférica asciende por la columna A, atraviesa la caja B (fig. 2) y el regulador G y sale por la columna descendente H: durante este movimiento encuentra la válvula C (fig. 3), la arrastra consigo y la cierra, y entonces el agua, no encontrando salida, levanta la válvula D y sale por el orificio de ésta.

En el entretanto la columna H se ha vaciado parcialmente, á consecuencia de lo cual se produce una depresión en el pulmón G, cuyas membranas se aproximan una á otra; pero como á la vez ha disminuído la presión ejercida sobre la cara derecha de la válvula C, ésta, arrastrada hacia atrás por la palanca, se abre, y el agua, que encuentra ya paso en el regulador G, penetra en él nuevamente. Durante esta aspiración las membranas han recobrado su primera posición, volviendo á comenzar la misma serie de fenómenos de tal modo, que las pulsaciones, de una regularidad perfecta, cuya frecuencia varía entre 150 y 400 por minuto, según la altura, producen un chorro continuo y un desagüe constante.

Dos espitas, colocadas una sobre la columna ascendente y otra sobre la descendente, permiten parar el aparato y volverlo á hacer funcionar á voluntad. El sifón se llena una vez por todas por medio de un orificio dispuesto en K, que se cierra cuando está lleno aquél. El aparato representado en la figura 1 elevaba el agua á una altura de 4 metros con un desnivel de 1'80 metros en los tubos del sifón, y podía elevar 60 metros cúbicos de agua al día, siendo el volumen elevado igual á la tercera parte del que había circulado por el canal superior. Estas cifras demuestran que la producción del sifón elevador en agua elevada es de

$$\frac{4}{3 \cdot 1'8} = 0'74$$

ó sea setenta y cuatro por ciento, producción notable tratándose de un aparato de tan poca potencia (3 kilográmetros por segundo).

La sencillez del sifón elevador, que funciona de una manera continua, sin necesidad de cuidados ni vigilancia y casi sin gasto de entretenimiento, hará que sea muy aplicado en distintas necesidades de la agricultura y le conquistará el favor de los aficionados á vivir en el campo, que son cada día más numerosos.

X... *ingeniero.*

***

INTELIGENCIA DE LAS COTORRAS

Tengo hace veintitrés años una cotorra del Gabón, de plumaje gris ceniciento y cola encarnada, cuya edad vendrá á ser ahora de cuarenta y ocho años y cuyo retrato podrá ver el lector en el grabado de la página siguiente. Está dotada de una inteligencia tan notable, que he creído interesante consignar acerca de ella algunos datos.

Antes de llegar á mi poder, esta cotorra estaba en París en una casa donde había muchos inquilinos, é imitaba, hasta el punto de engañar al más avisado, el lenguaje de los gorriones.

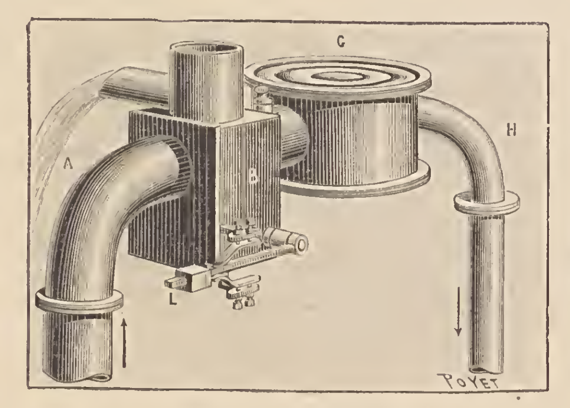


Fig. 2. Detalle del aparato

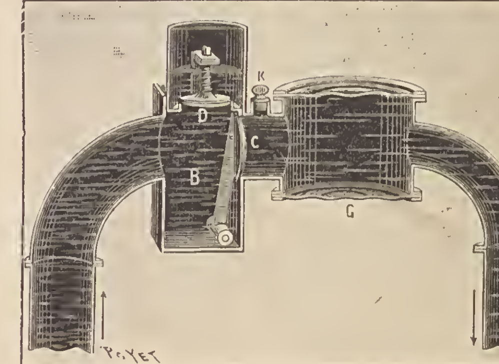


Fig. 3. Sección del mecanismo

Imitaba asimismo los gritos de los vendedores callejeros y especialmente el de un sastre ambulante, y más de una vez los vecinos de la casa se equivocaron al oir tan fielmente reproducida la voz de éste.

Cuando en 1870 mi cuñado me regaló esta cotorra, llevéla durante la guerra al campo, á casa de mi colono, mientras yo prestaba servicio en el ejército de París: entonces su repertorio se enriqueció con todos los sonidos de la naturaleza, con el canto de la codorniz, del mochuelo, de la urraca, de la gallina y del gallo en todas manifestaciones vocales, y desde aquella época sobresale en la reproducción fonética de la muerte del cerdo, que sin duda presenció.

Mi cotorra observa todos los movimientos preparatorios de una acción que irá acompañada de un ruido, y emite este ruido antes de que se produzca. Si ve, por ejemplo, que me acerco á una ventana abierta y me dispongo á cerrarla, deja oir en seguida el ruido ocasionado por toda ventana que se cierra antes de que yo la haya tocado, y lo mismo sucede si se trata de abrirla. Si ve que cojo mi pañuelo para sonarme, se suena; si ve que tomo mi levita ó mi sobretodo, hace anticipadamente con las alas el movimiento que he de hacer yo con los brazos para ponerme aquellas prendas.

Imita el ruido del agua corriente, y si tomo un vaso que contenga un líquido ó sólo me acerco adonde hay uno, inmediatamente imita el ruido de la deglución y del paso del líquido por la garganta. Si ve un gato ú oye llamar á uno de estos animales, imita en seguida las diversas formas de lenguaje de éstos y lo propio hace con los perros, caballos y asnos.

Mi cotorra pone en todas estas imitaciones, á menudo interrumpidas por estrepitosas carcajadas, una intención, una malicia y una voluntad realmente inteligentes; pero lo que más importa señalar en ella es la facultad de comprender lo que pasa á su alrededor, interviniendo en ello con su lenguaje y sus ademanes. Cuando se habla delante de ella, toma parte en la conversación con exclamaciones de asombro y de admiración (¡oh! ¡ah!) emitidas en el momento oportuno, y se ríe cuando se dice, con acento alegre, algo risible.

Cuando necesita algo llama á su dueña por su nombre, María, y si ésta tarda en acudir, su voz se hace poco á poco impaciente é imperiosa.

No le gustan los hombres: el que pretenda tocarla se expone á que le ataque con su pico y sus aceradas garras; en cambio sólo caricias tiene para las mujeres y las niñas: basta pertenecer al bello sexo para poder tocarla y acariciarla sin peligro alguno. Quiere con delirio á su dueña, y cuando ésta la reprende dándole unos golpecitos con los dedos en el pico ó en la cabeza, lame el dedo que le pega profiriendo ligeros gritos como si quisiera pedir perdón.

Cada vez que habiendo salido regreso á mi casa, me siente al través de la pared, y á pesar de no haberme visto anuncia á su ama mi regreso entonando dos notas, *do-do*, en octava, cosa que no hace por nadie más.

Me da de igual modo los buenos días cada vez que entro en el cuarto donde ella está, y si le doy algo me lo agradece con la voz y batiendo las alas.

Pero la especialidad de mi cotorra es la de ave melomana y compositora: si ve bailar una polca cantada, hace el acompañamiento con notas picadas y siguiendo el compás con la misma seguridad que un trombón ó un contrabajo. Además improvisa verdaderas piezas de música, que silba variándolas incesantemente sin repetir nunca sus improvisaciones, que dice con un gusto, un estilo y un brío que más de un alumno del Conservatorio le envidiaría, acabando siempre las piezas en el tono debido. Cuando su ama le dice que cante, improvisa delante de cualquiera; pero si canta en presencia de varias personas, á lo mejor suspende su improvisación para soltar la carcajada y proferir en exclamaciones que indican cuánto le gusta que la escuchen. Antes de improvisar, emite á menudo á modo de preludio escalas trinadas y vocalizaciones parecidas á las de las cantatrices antes de salir á escena. De cuando en cuando se detiene para deglutir la saliva que llena su boca, deglución que acompaña de un golpe seco de la lengua contra el paladar á fin de que el silbido salga más puro, produciendo un sonido igual al de la flauta mejor timbrada; especialmente las notas graves que de esta manera emite son notabilísimas.

Cuando mi cotorra canta imitando fielmente la voz humana, pasa á menudo del bajo profundo á la voz de soprano más pura, continuando la misma cantata.

Gústale abrir la jaula para pasearse por la casa y esconderse debajo de los muebles, cuyos pies destroza con su pico acerado, lo mismo si son de roble que si son de pino. Después de haber estudiado con cuidado y paciencia todos los sistemas empleados para cerrar la jaula, ha conseguido abrirlos. En vista de ello, se la cerramos con una anilla de muelle, que también abrió, después de estudiar su mecanismo, apoyando una pata en el resorte interior y abriendo la charnela con el pico. Desde hace algunos meses se le cierra la puerta con un candado con llave: al principio pasó muchas horas estudiando este nuevo aparato y dando vuelta á la llave en todos sentidos, pero todavía no ha conseguido abrirlo porque el muelle es algo duro.

No me hubiera atrevido á consignar tan extraordinarios fenómenos de inteligencia de este animal si centenares de personas no hubiesen sido testigos de ellos durante los veintitrés años que lo tengo en mi poder, y si aún en la actualidad no siguiese todavía maravillando con sus cantos á la multitud que se agrupa debajo de la ventana donde lo coloco para que tome el sol cuando el tiempo está bueno.



Mademoiselle Jacqot, la cotorra sabia, propiedad de M. Augusto Nicaise

Los niños vienen expresamente á jugar delante de esta ventana, y la cotorra toma parte en sus juegos corriendo rápidamente de un extremo á otro de la jaula y repitiendo entre gritos de alegría y carcajadas las mismas palabras que aquéllos pronuncian.

He pasado ratos muy interesantes estudiando á este animal, cuya inteligencia aporta un nuevo elemento para la solución de ese problema que mi sabio colega, el marqués de Nadaillac, en su notable estudio *Inteligencia é instinto*, ha definido en los siguientes términos:

«El lector podrá determinar si la inteligencia es realmente la característica del hombre, si abre entre él y el animal un abismo ó si entre los distintos seres es simplemente cuestión de grados: en otros términos, si la inteligencia humana difiere en esencia ó sólo en cantidad de la de otros animales.»

AUGUSTO NICAISE

Miembro de la Sociedad de Antropología, Correspondiente del ministerio de Instrucción Pública

(De *La Nature*)

PRESENTACIÓN DE LA COMPAÑÍA, aguada de D. Mariano Barbasán

Imp. de Montaner y Simón